REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV — San José, Costa Rica **1932** Sábado 10 de Setiembre — Núm. 10

Año XIV. No. 602

SUMARIO

En el Día Americano

= *Envío del autor.* En folleto de Río de Janeiro, abril de 1932. Señalamos la significativa viñeta de la portada: la llana (*cuchara*, decimos por acá) de los albañiles =



Alfonso Reyes

Visto por *García Cabral*

Entre personas de la familia, que habitan bajo el mismo techo, suelen suprimirse fórmulas de cortesía reservadas a los extraños. Los "buenos día" y las "buenas noches" se simplifican, y el no hacerlo así resultaría una afectación insoportable.—Amigos brasileños: me estáis acostumbrando tánto a considerarme como uno de los vuestros y a abrirme un sitio en vuestras fiestas espirituales, que ya comienza a parecerme afectado el insistir en la emoción con que correspondo a vuestra gentileza, y vosotros mismos tendréis la culpa si las expresiones de mi gratitud son cada vez menos aparentes. Después de todo, no hay mal en ello: ello significa que vamos sustituyendo la cortesía convencional por la fraternidad y la colaboración. Sin embargo, no puede menos de conmoverme que hayáis querido asociar a vosotros al representante de México precisamente en la celebración del Día Americano, símbolo de concordia entre nuestros pueblos proporcionándome así esta brillante ocasión de explicarme en público sobre ideales que nos son igualmente caros. Sin duda os habéis acordado de que llevo muchos años combatiendo como el último soldado en los empeños de la inteligencia americana. Y entiendo aquí por inteligencia el mutuo conocimiento, base única de toda concordia. Y cuando evoco la idea de concordia americana, no puedo menos de asociar tácitamente a las antiguas metrópolis, descubridoras y colonizadoras, cuyo nombre late siempre en nuestra conciencia cuando hablamos de América.

Me permitiréis que, dirigiéndome a un auditorio como éste, dé por demostrada la ventaja de crear relaciones espirituales, de información, de conocimiento y de simpatía entre los pueblos, aun en el caso de que no existan entre ellos relaciones mercantiles actuales. Me permitiréis que considere el guarismo y el alfabeto como fenómenos de igual importancia, que se nutren y se alimentan mutuamente. En consecuencia, me permitiréis que no entre aquí en vaguedades y tautologías sobre la prioridad de la gallina o del huevo, a propósito de las concomitancias entre comercios y culturas. Hay, en nuestra inmensa familia americana, muchos países que hoy por hoy no cambian productos entre sí: no hay razón ninguna para que, por sólo eso, se abstengan de comunicarse sus ideas, sus hechos de cultura. Dejemos nuestras voluntades abiertas al soplo de lo desinteresado y lo gratuito. Que es tal la lealtad de la naturaleza, que ello ha de redundar a la larga hasta en provecho material propio. Prescindamos, pues, por un instante, de esta noción mezquina y utilitaria que en vano procura reducirlo todo al esquema de la compra-venta. Saludemos con todo respeto a los que cuidan de los intereses materiales del mundo, y entremos derechamente a lo nuestro, que son los intereses espirituales.

Mi experiencia de los medios culturales de América no es muy vasta, pero sí ha sido suficiente para revelarme la incomunicación que existe entre unas y otras de nuestras repúblicas. Todo el que, en América, fatiga una pluma, ha tenido alguna vez ocasión de enfrentarse con este mal y lamentarlo. No nos conocemos. La antología de los errores que, en materia de información precisa, cometemos al hablar unos de otros, avergonzaría al Continente. No digo errores de apreciación, o aquellas deformaciones inevitables de la perspectiva que siempre acontecen (y no siempre son perjudiciales) al mover el punto de vista. Sino errores brutos, de dato, de fecha y de nombre, de desconocimiento de las publicaciones, de los sabios o los escritores de otro país, y aun del mismo carácter nacional del pueblo que tenemos al lado, pasando el río.

De tiempo a esta parte, es muy grato reconocerlo, se ha desarrollado una efervescencia de curiosidad mutua entre los escritores y los medios intelectuales de nuestra América. Singularmente, entre los literatos y los poetas, que son, de todos los trabajadores del espíritu, los que operan con valores más universales, los que abarcan mayores zonas del alma, y también aquéllos cuya labor es más vivaz y ostensible. Oíganlo bien los tartamudos que se vengan de la palabra declarándola impotente: este comienzo de solidaridad no ha sido efecto del comercio ni de la política de ahora, sino de la poesía, es decir: del espíritu. Esta virtud naciente puede apreciarse, por ejemplo, en la solidaridad con que se apoyan moralmente entre sí las juventudes universitarias de países americanos muy distantes. Los casos están al alcance de todo lector de periódicos, y revelan un nuevo estado moral en nuestra América. Las juventudes universitarias son, por esencia, en nuestras sociedades, las agrupaciones más alerta—en tanto que agrupaciones—a las corrientes espirituales que soplan por América. Son, además, los únicos organismos que, estando ligados profesionalmente a la vida intelectual, se encuentran en condiciones de ejecutar estos actos solidarios del espíritu. Y esto por dos causas: la primera, porque conviven constantemente y están ya agremiados de ante-

mano; la segunda porque, constituídos por gente joven, poseen el ímpetu, y hasta la osadía algunas veces, que, en el caso, se hacen indispensables.

Pero no nos deslumbremos: estos episodios universitarios, si bien son intentos de una nueva circulación del espíritu en nuestra América, distan mucho de ser la conquista última a que aspiramos. Tales hechos, si los miramos de cerca (prescindiendo de los meros desórdenes domésticos por razón de exámenes y programas, cosas todas de que por ahora no tratamos, y refiriéndonos sólo a los casos de verdadera trascendencia humana y continental) tales hechos tienen tanto de hechos culturales como de hechos políticos y, con frecuencia, este último matiz es el más acentuado. Vivimos una era política; la política se insinúa hasta los **templa serena** de la enseñanza, agita el espíritu de las juventudes y las arrastra muchas veces a servir de instrumento a pasiones ajenas a sus propios fines. En varios centros universitarios de América, estos últimos tiempos, hemos visto a las juventudes lanzarse apresuradamente a una campaña pública, y sacrificarse en ella de un modo inútil. Cerrar los ojos ante esta fase actual de la vida americana es un crimen. Desconocer esta desazón es descuidar el porvenir. El hombre de cultura que, pasados los cuarenta años, sea incapaz de mirar a la mocedad que anda en veinte sin un sentimiento de amor y angustia paternales, ni será hombre de cultura, ni siquiera hombre, sino un mutilado moral de la especie más lamentable. Sobre toda juventud se cierne una esperanza. Y el primer deber de los hombres de cultura en nuestra América, que viven todos más o menos uncidos al carro universitario, sería tomar acuerdos comunes que formen una como muralla moral, para evitar por una parte que esas criaturas en vía de desarrollo desperdicien atrozmente la frescura y la gracia de que, en bien de la sociedad, son depositarias, y para corregir por otra parte la forma en que se ha procurado reprimir esas explosiones que, como quiera, fueron muchas veces el estallido de ideales justos y legítimos. Cuando los estudiantes de hoy sean los catedráticos de mañana, habremos dado un paso más, porque esos catedráticos ya conocerán en carne propia, por una parte la inutilidad de querer apoderarse de la realidad antes de conocerla, y por otra parte, el respeto que merecen el dolor y la indignación de la juventud, que algún día fueron sentimientos suyos. Por eso las noticias de las huelgas y descontentos en las escuelas—cuando tienen, repito, verdadera trascendencia humana —merecen nuestra atención más profunda, la más delicada, la más sensible.

Como veis, estas juventudes nos dan ejemplo, a su modo, de una comunicación espiritual entre los que pudiéramos llamar los hijos de la cultura. Y este ejemplo debiera ser imitado por los padres de la cultura, por los creadores y distribuidores de la cultura en nuestros pueblos. Tal comunicación entre los intelectuales tendrá necesariamente que producir también efectos políticos. Sería pueril disimularlo. Y ya es bueno que todos se convenzan de que la función política es una facultad general repartida entre todos los hombres. La política no es coto cerrado. Todo acto humano se refleja en la **polis** y todo redunda en bien o en mal de la convivencia entre los hombres. Cuando los intelectuales de América se hayan dado la mano, habrá cambiado fundamentalmente la vida política americana. Porque, entre todas las energías del mundo, el espíritu es el transformador y modelador más activo: es el escultor que nos labra. ¿Cuál será, entonces, la fisonomía política de América? Es aventurado decirlo, pero todos saben que la inteligencia es unificadora y aspira a organizar las acciones humanas en un sentido constructivo.

Pero esta marcha de las congregaciones intelectuales hacia la política no debe alarmarnos, como nos alarma un poco el montón de chicos que se echan a las cuatro esquinas a recibir palos de los gendarmes. Porque, esta vez, el conocimiento habrá precedido al acto, y será la comunicación puramente espiritual la que provoque, en su decurso, efectos políticos y no vice-versa. La evolución acontecerá entonces en una masa de hombres ya maduros, que ya saben luchar con más persuasión y menos violencia, que tienen autoridad en su país y son escuchados en el extranjero, que por ser ya conocidos se encuentran defendidos mejor y que, en el peor de los casos, tienen ya sus cuentas bien saldadas con las felicidades terrenas. En tanto que, en la otra postura, la del arrebato ciego de las juventudes, los resultados han sido estériles o sólo fértiles en desastres, y crean en el hombre de mañana un complejo de amargura y cautela cuyas consecuencias ignoramos. Someto estas reflexiones a la buena voluntad de los maestros americanos, y de los que tienen hijos sobre todo.—No consistamos que el año sea afligido en su primavera.

El asunto que aquí recorremos a grandes pasos es de una oportunidad terrible. Y no sólo a los americanos nos preocupa, sino a los intelectuales del mundo entero. Europa, la vieja Europa cuyas culturas gozan de un sistema ya tan elaborado de vasos comunicantes, experimenta ahora mismo la necesidad de perfeccionar la circulación del espíritu. ¡Cómo no hemos de experimentarla en América, donde apenas están en formación las venas y arterias del vasto cuerpo, donde entre una y otra **nación intelectual** hay grandes regiones de selvas vírgenes tan impracticables como las otras!

Precisamente en estos momentos, llega a los intelectuales de todo el mundo un llamamiento lanzado, ante el Comité Permanente de Letras y Artes de la Sociedad de las Naciones, por dos ilustres maestros—el poeta Paul Valéry y el historiador de arte Henri Focillon—llamamiento que se ha encargado de distribuir el Instituto Internacional de Cooperación intelectual, también dependiente de la Sociedad de las Naciones. E insisto en el carácter de este acto: no se trata de manifiestos descabellados o de una gritería de bohemios irresponsables, sino de problemas seriamente propuestos a la consideración de los hombres competentes por el instituto que reúne la mayor suma de representación de los Gobiernos del mundo. Este llamamiento viene a decir que sin una sociedad de los espíritus no hay sociedad de las naciones; que en la época actual, cuando la magnitud y el prestigio de los problemas técnicos amenazan peturbar las conciencias y provocan graves inquietudes sobre el porvenir de la civilización, importa dar al cambio de pensamientos mayor energía, mejor organización y más constancia. Se contempla la posibilidad de provocar una correspondencia, un trueque epistolar, entre los más calificados representantes de la alta actividad intelectual, correspondencia semejante a la que existió siempre entre los duques del pensamiento en las épocas renacientes de la vida europea. Se habla de publicar metódicamente esta correspondencia, cuyos temas serían tan varios y graves como el desconcierto mismo de la humanidad contemporánea. Y se ataca desde luego el primer problema, sometiéndolo al examen de los intelectuales. He aquí el primer problema, cuyo enunciado es ya patético:

—¿Cuál es, cuál debe ser, en el estado actual del mundo, la función del orden intelectual? ¿Qué es lo que une, qué es lo que separa al orden intelectual y al orden político? Este orden intelectual no implica en manera alguna la odiosa y anticuada noción de clase, de casta o secta de iniciados. Hay intereses más generales e imperiosos que los intereses corporativos que hasta hoy han sido la materia exclusiva de la Sociedad de las Naciones. Por sobre los intereses de clases, de partidos y de países, están los intereses supremos del hombre, y son éstos los que quedan a cargo del orden intelectual.—No contestar a esta cita de honor o convertir la discusión del tema en mero juego académico, tanto sería como hacer dejación y abandono de la civilización en manos de la casualidad; equivaldría a confesar el antagonismo entre dos humanidades: la una que viviría conforme al espíritu y alejada de todo negocio como planta estéril, y la otra que viviría conforme al instinto, erigiendo arbitrariamente en doctrinas los apetitos más groseros.

Me ha tocado la honra de figurar entre los emplazados por esta generosa demanda, y quiero contestar que en América, en toda nuestra América, hay unos cuantos centenares de hombres dispuestos a evitar, cada día con más empeño, que la casualidad nos maneje. Que, por suerte, la inteligencia no ha tenido tiempo entre nosotros de romper con los estímulos de la acción, como acontece en los países agotados por viejas civilizaciones, donde pueden edificarse torres de marfil y teorías estrafalarias conforme a las cuales el hombre de pensamiento que participe en la

vida de su siglo viene a ser un "clérigo traidor" (1). Que, entre nosotros, los sabios tienen todavía que ser hombres públicos, y que de esta circunstancia, que pudo sernos desfavorable en otro momento de la historia (y sin duda lo es en el orden puro del espíritu) esperamos una ventaja. No para hoy ni para mañana en la tarde: estas evoluciones son largas. Aquí se trata de un proceso de maduración que no puede ser apresurado—¡casi digo que por desgracia!—con ayuda de la violencia. No: lo que en este proceso importa es la dirección adquirida, y esta dirección comienza ya a precisarse. Y la ventaja que esperamos será el que los hombres de disciplina, de cultura y de técnica—desde el filósofo hasta el artesano—los que se han castigado a sí mismos para adquirir un conocimiento o un adiestramiento verdaderos, los que han dado en consecuencia sus pruebas morales suficientes, empuñen algún día decididamente las riendas de las sociedades, para que el hombre americano sea más feliz y encuentre un orden plenamente responsable a quien acudir en su eterna brega. Porque sólo hay responsabilidad plena donde hay plena conciencia.

Entendámonos: un optimismo candoroso no pasa de ser una cobardía. Lo mejor para el intelectual absoluto, lo mejor para la Inteligencia es conservarse en un término moderado respecto a la acción, y sólo participar de ella lo indispensable, reservándose un sitio de orientación y consejo. Pero a la hora de los naufragios, también el capitán presta mano al timón, las bombas y las cuerdas. Habrá una o varias generaciones de intelectuales sacrificados en el servicio de la nueva sociedad. Esperemos que se conceda a unos cuantos el privilegio—privilegio precioso a la humanidad—de aislarse un poco y conservar el tesoro de la cultura adquirida, salvándolo íntegro para las generaciones de mañana. Aun allá, en aquella Rusia que se retuerce en transformaciones que todo lo invaden y penetran, se deja sin embargo al investigador Pavlov bien guarecido contra la tempestad que a todos azota, para que siga, en beneficio de la futura ciencia, estudiando durante largos años un solo fenómeno de la biología: el reflejo de la salivación en los perros. Los demás, los que no sean Pavlov, que saquen de necesidad virtud y se echen a media calle. Quiero decir, que se abracen decididamente con la inquietud social de su época, y aporten sus luces y su voluntad, su teoría y también su práctica. No dejen que sólo el rencor, que sólo la desesperación dibujen los contornos de la sociedad de mañana. Abrase paso la Inteligencia: reclame su sitio en la primer trinchera. Y los que sólo tengan costumbre de tratar con ideas y no sepan tratar con hombres, ésos, como dice el gallardo refrán del pueblo, que hagan de tripas corazón. Aquí os traigo el aforismo de Goethe: "No basta saber: hay que aplicar. No basta querer: hay que obrar".

Relacionad, pues, a vuestros hombres de pensamiento unos con otros. Sed ingeniosos e incansables; discurrid medios para crear los vasos comunicantes: labor de prensa, correspondencia, obligación de cambiar libros a través de ciertos organismos adecuados, exposiciones de arte, conciertos, viajes de profesores y de estudiantes, congresos de escritores, sistemas de investigaciones paralelas ¡que sé yo! La preocupación avisora os sugerirá los recursos. Lo que el primer día es quimérico, el segundo día ya es probable y el tercero se ha comenzado a realizar. Tal sea nuestra meditación, tal sea nuestro "ejercicio espiritual" para el Día Americano. El mejor tributo que podemos ofrecer a la memoria de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de todos los creadores de la independencia americana, es pensar con seriedad en el porvenir de nuestros pueblos. Lo que vosotros intentéis lo continuarán vuestros hijos y lo realizarán vuestros nietos. Desde aquí me parece oír sus bendiciones.—Para eso habremos luchado.

Alfonso Reyes

Río de Janeiro, 14 de abril de 1932. Sesión de la Asociación Brasileña de Educación. Teatro Joao Caetano

(1) Menos mal que, enfrentado con los casos concretos, Benda encuentra la manera de arrepentirse sin confesarlo y de rectificarse a sí mismo, como lo hace para T. G. Masaryk, ilustre sociólogo y Presidente de Checoeslovaquia.

Recuerdo

Otra página inédita, olvidada. La reproducimos. En prenda de amistad a don Luis Cruz Meza.

Está doña Juanita en su sillón, allá en la casa campestre de su hijo don Luis, en Fuentes.

El Licdo. Vasconcelos la conoce entonces. Yo la vuelvo a ver; más anciana, más acabada. Respira con dificultad.

Conversa doña Juanita, sonríe. La escuchamos complacidos. Ella sabe recitar versos, muchos versos; recita los de Darío, de Peza, de Manuel María Flores, de Zenea. No hay poeta hispanoamericano importante de su época del que ella no recuerde algo. En revistas ha leído sus versos, y de una vez se aprendió los que más le gustaron. Los recita bien, los siente.

Dialoga con el Licdo. Vasconcelos. De pronto, floreció en los labios de doña Juanita este pensamiento: «El bien se hace pensando en Dios; esto es, el bien por el bien mismo».

Después le oímos decir al Licenciado: «¡Cómo sería doña Juanita a los treinta años!». (Aludía a la lucidez de su inteligencia).

Hora matinal la de ese día. Hoy: hora anochecida, en la casa solariega y en el corazón amante de don Luis, porque doña Juanita ya se fué...

g. m.

Octubre del 30.

PERSIFLAGE

Introducción al estudio de Horacio

Las sangres del poeta

= *Colaboración directa* =

(Véanse las entregas 8 y 9 del tomo en curso)

Para don *Salvador Calderón Ramírez*, con el deseo de que triunfe en latinizar la Escuela Normal que dirige en San Salvador.

Muchos de quienes no somos amigos de tiranos hemos caído en repugnante vicio al echar fuera la cólera que nos hierve en las entrañas: Digo la torpeza de apodar "zambos", "mulatos", y "mestizos", en tono de insulto, a los malos hombres de América, como para explicar por su mezcla de razas su maldad. El error nuestro, y la injusticia, es tan grave, que pienso que mejor fuera dejar a los Juan Vicente Gómez, a los Sánchez Cerro, a los Emiliano Chamorro en paz, tánto y tan funesto es el daño que sembramos al atizar entre nosotros prejuicios raciales. Zambos hay, y mulatos y mestizos, por millones, gente buena,—gente, cuando menos, inocente de las iniquidades que pretendemos abolir,—a quienes gratuitamente insultamos en nuestra ira ciega. Y si no abrimos los ojos a semejante error y lo reparamos, sembramos vientos que serán infinita tormenta de amargura para incontados seres que han de nacer y para quienes, nosotros que hablamos de una América libre, estamos forjando aquello que más certeramente que las violencias de los déspotas destruye libertades: El ambiente de inferioridad en la estimación del prójimo y en la propia.

El pecado lo heredamos, quizás,— con mucho de nuestro padre Adán,—de nuestro padre Simón. Si hay algo de Bolívar que nos debiera dar vergüenza recordar, y que fuera piadoso olvidar por completo, será aquel desprecio que expresó por el mulato. Dijo lo que dijo cegado de desencanto y amargado. Ese decir no se le debe tomar en cuenta. Pero, las más veces, es lo único en que le seguimos. Hay, entre nosotros, quienes no sacrificarían un rato de buen sueño, ni una caricia de burdel, por la libertad de ningún pueblo; quienes ningún esfuerzo hacen ni han hecho jamás por ser útiles hijos de sus patrias, y quienes, cuando se dejan perseguir, es por especie de **sport** tocado de fanfarronería estéril y vanidad pueril: Y es precisamente de labios de éstos que oiréis más frecuentemente el adjetivo llamativo y llameante, siempre injusto. Dios mismo lo piensa y repiensa con despacio antes de soltar lluvia de fuego; pero estos scudo libertadores de quienes digo, castigan a diario con la pena pavorosa que merecieron Sodoma y Gomorra. Con chillar entre relámpagos que los presidentes de Venezuela, El Salvador y Perú son mulatos o mestizos, creen hacer algo valiente, y no logran más que darle curso de buena moneda a la mentira cobarde de que la sangre india y la negra en toda vena es por fuerza cruel, baja, despótica, despreciable, cavernaria, de jayán y sayón, de mercenario y sicario. Ya hemos ido, me parece, demasiado lejos con esa imbecilidad. No es ésta ni aquella sangre la que hace tiranos y vendepatrias. Adolfo Díaz y José María Moncada, nicaragüenses, son de pura cepa blanca. Blanco es el guatemalteco Ubico. Blanco era Leguía. Blanco es el monstruo que aterra en Cuba. En cambio, larga sería la lista de beneméritos en cuyas venas circuló, en gotas o en torrentes, la sangre autóctona de América, o la sangre maravillosa de Africa. Andar clamando en son de insulto ¡mulato!, ¡mestizo!, es, además, hacerle el juego al yanqui imperialista. Somos mulatos y mestizos, y a mucha honra. El lindo Guanacaste le debe el cálido encanto de su gente a que allí abunda la noble y franca y amorosa y brillante sangre india. De Cartago al Atlántico, Costa Rica se ha africanizado. ¿Qué vamos a hacer con esos millares de gente de color? ¿Los asimilaremos sabiamente? ¿Tendremos, para hacerlo, visión educadora? ¿Aprovecharemos el aporte precioso que pueden traer a la formación de nuestra cultura? ¿O los hundiremos en desprecio? ¿Los inutilizaremos sumiéndolos en detestable inferioridad? ¿Los amargaremos hasta hacerlos como cáncer en nuestro organismo? ¡Lástima que los de la meseta central no sean de veras gallegos, celtas, esto es! La mezcla del negroide, que el negocio de bananos nos trajo, con el celta, podría aquí, tal vez, darnos el supremo tipo de belleza que produjo en la antigua Grecia: Porque las Venus y los Apolos resultaron de haberse mezclado los negroides, que del Africa llegaron a la Hélade por vía de Creta, con los celtas, que descendieron con Heracles de la cuenca del Danubio. Sea todo esto como fuere, lo bueno nuestro es que somos mezcla. Sepamos tener conciencia de esa bondad y no nos dejemos engañar por quienes quisieran que nosotros mismos nos despreciáramos, que nosotros mismos nos sintiéramos envilecidos por las sangres que llevamos. No hay concesión de las que otorgan los tiranos para la explotación del petróleo o de las fuerzas hidráulicas, para la expoliación de las tierras y demás riquezas, que se compare en capacidad de maldad con esta labor de inferiorización que inconscientemente, al arremeter contra los despotismos, hacen tántos que quieren vanagloriarse de patriotas. Mejor hubiera cedido una riqueza material Moncada antes que dar aquella razón que le dió al Senador Burton K. Wheeler, de los Estados Unidos, para justificar su abyecta petición de retener la soldadesca norteamericana en Nicaragua varias generaciones. Los marinos,—dijo Moncada,—con sus casamientos con mujeres "nativas", con sus estupros y violaciones, con su perruna fornicación callejera a todas horas, "mejorarían la raza nicaragüense", le aclararían el color, le pondrían amarillo en el pelo y celeste en el ojo. Si todo pecado de polichinela político nuestro, juguete e instrumento del imperialismo, es capital, éste de Moncada los supera sin embargo: Es el imperdonable pecado contra el Espíritu Santo, que aterra a los místicos, que hace llorar a los ángeles, para el que no hay gracia ni en la misericordia infinita de Jesús.

Horacio era **mongrel.** Nada de sangre castiza en sus venas. Nada de latinidad pura en su ascendencia. Descendía de muchas sangres. Nació,—el 8 de diciembre del 65 antes de Nuestro Señor,—en Venusia, en los límites de Apulia por donde esta república del imperio romano se juntaba y confundía con la de Lucania. En la **1ra.** del Segundo Libro de sus **Sátiras** habla Horacio de haber imitado al poeta Lucilius, y dice:

> Sequor hunc, Lucanus an Apulus anceps:
> Nam Venusinus arat finem sub utrumque colonus.

EJERCICIO:

Sequor	***hunc,***	***anceps***	—	***Lucanus***
Sigo	le,	dudoso (de si soy)		lucano
an	***Apulus,***	***nam***	***colonus***	***venusinus***
o	apulense,	pues	el agricultor	venusino
arat	***sub***	***utrumque***	***finem.***	
ara	bajo	una y otra	frontera.	

El pueblo a que pertenecía Roma era el de los latinos. Al principio poseían los latinos sólo un reducido territorio en el centro de Italia. Al norte de Roma había antiguamente poderosas naciones y temibles pueblos como la nación de los etruscos, como el pueblo galo. Quien ahora hace viaje de Roma a Nápoles atraviesa dilatada región montañosa: Allí también había gentes no inferiores a la latina: Los volscos, vigorosos e inquietos, amigos de saquearles las tierras a los vecinos, y, más al sur, los oscos, más numerosos que volscos y latinos, habitantes de la Campania de donde se propagaron hasta poblar los Abruzzos y la Basilicata y Calabria de hoy día. El idioma de los volscos se parecía algo al latín, parecido que es necesario ser filólogo muy sutil para ver; el idioma de los oscos era bien distinto: Los oscos constituían otra raza. Habían sufrido mezcla continua con griegos aventureros desde los tiempos inmediatamente posteriores a los heroicos, y en época de Horacio hablaban mezclando vocablos y giros griegos en su sermón. Kyme (Cumae), en la costa de la Campania,

era el puesto más avanzado del helemismo. Por este territorio, hacia el 450 antes de Cristo, se extendió la dominación etrusca que abarcaba desde los Alpes hasta el Vesubio. Los etruscos tenían un idioma cuyos fragmentos nadie, hasta la fecha, ha podido descifrar (1). Con sangre etrusca se mezclaron las de los volscos y oscos. A los etruscos los vencieron los galos bárbaros y, aprovechándose de esa circunstancia, los oscos se independizaron y con los volscos de la región del Samnium formaron la confederación samnita. Roma, en medio de grandes vicisitudes y merced a diversas casualidades, pudo crecer y agrandarse. Hacia el 304 venció a los samnitas. Ya en el 312 el censor Appius Claudius Caecus había hecho construir la **longarum regina viarum** que canta Estacio (**Silvae**, II, 2. 12),— la Vía Appia, reina de las grandes calzadas,— para unir a Roma con Capua, en la Campania, y afianzar o sellar el dominio de Roma sobre la otra región; que nada hace tan perdurable una conquista como una carretera. A medida que Roma iba creciendo hacia el sur, la calzada se fué alargando. Llegó a Beneventum, llegó a Venusia, llegó a Tarentum, y dio, al fin, con el mar, en Brundusium. Por el 295, después de la victoria de Sentinum, en la Umbría, que arrojó a los galos definitivamente de la Italia central, y después de haber Roma vencido también a los sabinos, la ciudad imperial latina, para paralizar de una vez por todas a los samnitas, estableció plaza fuerte, al sur de la república apuliense de Luceria (fundada en el 304), en los límites de Apulia y Lucania, en la antiquísima Venusia. Tal era la importancia que los romanos sagaces dieron a esta ciudad estratégica, que enviaron veinte mil hombres de armas— y de arado—a colonizar sus tierras. Avanzada de Roma fueron desde entonces los agricultores venusinos. Y Horacio alude a esto, a seguida del pasaje que hemos citado arriba: Refiriéndose al agricultor venusino dice que **arat finem utrumque** (versos 31-34):

Missus ad hoc, pulsis, vetus est ut fama, Sabellis,
Quo ne per vacuum Romano incurreret hostis,
Sive quod Appula gens, sive quod Lucania bellum
Incuteret violenta.

EJERCICIO:

Missus ad hoc, — pulsis
Enviado para esto, (una vez) desposeídos

— Sabellis ut est vetus fama,
(que fueron) los sabinos como es antigua fama,

quo hostis — ne incurreret
para que enemigo (ninguno) no hiciese incursión

Romano per vacuum, sive
contra el Romano por el lugar despoblado o

quod gens Appula sive quod violenta
que la nación apulense o que la violenta

Lucania — incuteret — bellum.
Lucania (no le) acarrease (por allí) la guerra.

Y es así cómo, sin duda, sangre latina se mezclaría en Horacio con sangre osca y volsca y celta y griega. Mestizo y muy mestizo fué Horacio y, por lo que de griego tenía, era hasta un ápice negroide. Buena gente era ésa que en la generación anterior a la suya labraba la tierra venusina. De ella tendremos algo que decir adelante. Y lindo era su país,—convertido, por desgracia, de república en colonia ya después de nacido Horacio (2).

Unas seis millas al norte de Venusia corre el estrepitoso Aufidus, que hoy llaman Ofanto. No es gran río, pero hace mucha bulla. Hace música, en los versos de Horacio. Suele desbordarse. Nace a unas quince millas al oeste de Conza y a sólo unas veinticinco del golfo de Salermo, por el lado del Tirreno, pero coge hacia el lado contrario y va a desembocar en el Adriático, de manera que parece cruzar toda la cordillera apenina. Sus aguas, revueltas de lodo cuando está crecido, pasan cerca de Canosa, historiado lugar, y atraviesan el campo de Cannae que batalla hizo célebre. En sus márgenes jugó Horacio de niño y no olvidó jamás su voz, sus voces. En la IXna. del Cuarto Libro de sus **Odas**, le dice a Lollius (versos 1-4):

Ne forte credas interitura, quae,
Longe sonantem natus ad Aufidum,
Non ante vulgatas per artes
Verba loquor socianda chordis.

EJERCICIO:

Ne credas — forte interitura
No creas (que) puedan perecer

verba quae —, natus ad Aufidum
las palabras que (yo), nacido cabe el Aufidus

longe sonantem, loquor socianda
resonante digo para ser ajustadas

chordis — per artes non
a las cuerdas (del arpa o de la lira) por artes no

ante vulgatas.
antes divulgadas.

Es ésa la oda en que declara lo que vale el poeta para un pueblo y en la que manifiesta conciencia plena de su propio valer. Cercano a los cincuenta años de su vida,—como nos dice en la bellísima invocación a Venus con que abre el Cuarto Libro (3),—al afirmar la inmortalidad de sus palabras, recuerda al caro río de su niñez. El poeta ha llegado a la cima de su fama. Ha logrado conquistar al áspero pueblo romano que tanto le criticara, le vejara, le desdeñara, le echara en cara su humildísimo origen. Augusto le solicita que cante las proezas de los hijastros en quienes adoraba. Horacio es ya el poeta nacional de Roma. Al describir la figura del mayor de los Nerones en la guerra en que venció a los rheatos, Horacio le compara con su río predilecto (Oda XIVta., Libro Cuarto, versos 25-28):

Sic tauriformis volvitur Aufidus,
Qua regna Dauni praefluit Apuli,
Quum saevit, horrendamque cultis
Diluviem meditatur agris.

EJERCICIO:

Sic tauriformis Aufidus, qui praefluit
Así el tauriforme Aufidus, que riega

regna Dauni Apuli, volvitur, quum
el reino de Daunus apulense, se encrespa, cuando

saevit meditaturque horrendam
se enfurece y medita horrenda

diluviem cultis agris.
inundación de los cultivados campos.

Y una vez el río es para Horacio encarnación de la suerte que al más gordo pone flaco y que declara la vanidad de atribularse codiciando amasadas riquezas. En la **Ira.** del Primer Libro de **Sátiras** el Codicioso dice (verso 51):

Suave est ex magno tollere acervo,

y el poeta le replica (versos 54-60):

Ut tibi si sit opus liquidi non amplius urna
Vel cyatho, et dicas: «Magno de flumine mallem,
Quam ex hoc fonticulo tantundem sumere». Eo fit
Plenior ut si quos delectet copia justo,
Cum ripa simul avulsos ferat Aufidus acer:
At qui tantuli eget, quantum est opus, is neque limo
Turbatam haurit aquam, neque vitam amittit in undis.



---

(1) En 1929 murió un filólogo alemán, a poco de anunciar, decían los periódicos, que había resuelto el misterio de las inscripciones etruscas que abundan en vasos y jarrones. No he vuelto a saber más de este suceso.

(2) Durante toda la campaña del infortunado Aníbal, Venusia, de grado o por política, le fue fiel a Roma y en el 200 recibió nueva dotación de colonos. En la Guerra Social fue de las ciudades que se alzaran en armas, y le tocó a Quintus Metellus Pius recapturarla. Convirtiose entonces en municipio hasta que en el 43 a. C., convertida en colonia, su territorio fue repartido, incluso el *macer agellus* de Horacio, entre los triumviros.

(3) *Saeve mater cupidinum, desine*
Cruel madre de los suaves deseos, desiste

flectere — jam — durum, circa
de doblar (me) ahora (que estoy) duro, cercano

decem lustra, mollibus imperiis.
a los diez lustros, a tus muelles mandatos.

EJERCICIO:

Est suave tollere ex magno acervo.
Es delicioso tomar de gran acervo.

Ut, si tibi sit opus
Como, en caso de que para ti hubiese necesidad

non amplius urna, vel cyatho
no más que de una jarra llena, o de un vaso

liquidi, et dicas: «Mallem sumere
de agua, y digas: «Preferiría tomar

tantundem de magno flumine quam —
ese tanto de un gran río que (no)

ex hoc fonticulo.»
de esta fuentecilla.»

Eo fit ut si copia plenior
De aquí viene que si la abundancia más copiosa

justo delectet quos, acer Aufidus
que lo justo deleita a algunos, el fiero Aufidus

ferat avulsos simul cum — ripa.
se los lleva arrastrados junto con (su) margen.

At qui — eget tantuli quantum est
Pero quien (sólo) desea tanto cuanto es

opus, is neque haurit aquam turbatam
necesario, ése ni hala agua enturbiada

limo nec amittit vitam in undis.
con lodo ni pierde la vida en las corrientes.

Los primeros tres Libros de las **Odas** le tomaron a Horacio siete años de labor. Comenzó a escribir estas canciones —oda es vocablo griego que significa canción—cuando tenía treinticinco años de edad. Hasta entonces había seguido, y superado, a los poetas latinos maestros de la sátira, y hasta en las **Epodas**, de forma lírica a veces bellísima, el espíritu satírico predomina: Horacio las llamó **Iambi,** la palabra griega que quiere decir "libelos". Muchas de esas composiciones suyas, las más mordaces, de seguro, las destruyó él mismo. Seis de los diecisiete que nos quedan son feroces ataques personales. Fué Mecenas quien melificó a ese ser montaraz. Fué Mecenas quien indujo a Horacio, buena abeja, a reproducir en la lengua de Roma la dulzura de la lírica eolia, la de Alceo y de Safo. Y de los treinticinco a los cuarentidós años, Horacio sudó miel al servicio de Melpómene y en el año 23 antes de Cristo publicó juntos los tres primeros Libros, de ochentiocho admirabes composiciones. De las **Odas** hablaremos despacio adelante. Con su publicación Roma tuvo, triunfo no menos caro que los de sus legiones, poeta lírico ni un ápice inferior a los de Grecia. Y cuando en la última de esas **Odas** el poeta afirma que no enteramente apagará su aliento la diosa de la Muerte sino que gran parte de sí escapará inmortal, Roma toda aplaudió orgullosa. Pero Horacio, señor a plena conciencia de su propia grandeza, recuerda su río bien amado, que de humilde se vuelve potente, y su carrera de poeta queda así comparada con carrera de agua que rueda sobre tierra. La Oda **(Ad Melpomenen)** dice así:

Exegi monumentum aere perennius,
Regalique situ pyramidum altius;
Quod non imber edax, non Aquilo impotens
Possit diruere, aut innumerabilis
Annorum series, et fuga temporum.
Non omnis moriar! Multaque pars mei
Vitabit Libitanam. Usque ego postera
Crescam laude recens, dum Capitolium
Scandet cum tacita Virgine pontifex.
Dicar, qua violens obstrepit Aufidus,
Et qua pauper aquae Daunus agrestium
Regnavit populorum, ex humili potens,
Princeps Aeolium carmen ad Italos
Deduxisse modos. Sume superbiam
Quaesitam meritis, et mihi Delphica
Lauro cinge volens, Melpomene, comam.

EJERCICIO:

Exegi monumentum perennius
He terminado un monumento más durable

aere, altiusque regali situ
que el bronce, y más alto que el real sitio

pyramidum; quod non edax imber,
de las pirámides; al que no la desgastadora lluvia,

non impotens aquilo, possit diruere,
no el rugidor aquilón, puede destruir,

aut innumerabilis series annorum et
o las innumerables series de los años y

fuga temporum.
la fuga de los tiempos.

Non omnis moriar! Multaque pars
No todo yo moriré! Y gran parte

mei vitabit Libitinam. Usque
de mí escapará a la diosa de la Muerte. Continuamente

recens ego crescam laude postera,
nuevo yo creceré en la alabanza de la posteridad,

dum pontifex scandet Capitolium
mientras el pontífice ascienda al Capitolio

cum tacita virgine.
con la callada virgen.

Qua violens Aufidus obstrepit, et
Donde el rápido Aufidus ruge y

qua Daunus, pauper aquae, regnavit
donde Daunus, pobre de agua, reinaba sobre

agrestium populorum, ex humili
un agreste pueblo, de humilde

potens dicar princeps
vuelto grande seré celebrado como el primero

deduxisse carmen Aeolium at modos
que trajo el verso eolio a los modos

Italos.
latinos.

Melpomene, sume superbiam
Melpómene, asume el orgullo

quaesitam meritis, et volens cinge
conveniente de tus méritos, y de grado ciñe

mihi comam Delphica lauro.
mi cabello con el délfico laurel.

Turbias veía a veces Horacio las aguas del Ofanto, reciente alguna lluvia fuerte en las montañas. Luego, estamos seguros, el resonante río se aclaraba otra vez. ¿Quién dirá, en la carrera del Aufidus hasta que llega al mar, cuántas, y cuáles una a una, son las aguas que en su cauce se juntan? Ese diga las sangres que se mezclaron en las venas de Horacio—o en las de cualquiera de nosotros. Agua que fue de nube negra tormentosa; agua que fue rocío; agua que fue nieve sobre la que la primavera sopló; agua que brotó de la tierra: No sólo nuestras vidas, nuestras sangres también son como los ríos.

Persiles

Rancho La Chola de la Cruz,
El General, agosto, 1932.

Biblioteca Mínima Cubana

¿Qué obras debieran constituirla, de estar formada exclusivamente por diez volúmenes?

Opinión de Rafael Montoro

= De *Cervantes*. La Habana =

Habana, Marzo 21 de 1932.

Sr. Félix Lizaso.

Mi muy distinguido amigo:

Sumamente agradecido a su atenta carta, y muy de acuerdo con la idea que se ha propuesto usted realizar, con el proyecto de su Biblioteca Mínima, accedo con gusto a su deseo de que le indique las obras que a mi entender, pudieran enterar mejor de las cosas de nuestro país, en un somero examen, a los extranjeros ávidos de conocer.

Diccionario Geográfico Histórico, etc., de don Jacobo de la Pezuela.

Historias de Cuba, de Pezuela, Llíteras, Ramiro Guerra y O. Fletcher Johnson, esta última especialmente para los viajeros que no conozcan nuestra lengua.

Obras, de José Antonio Saco, y por si no fuere posible encontrarlas, el reciente libro sobre la personalidad política de insigne bayamés, del Dr. Francisco Ponte y Domínguez, premiado por la Sociedad Económica de Amigos del País.

Obras de Ricardo del Monte, de Rafael Fernández de Castro.

Obras de Manuel Sanguily, de José **Martí** y de Eliseo Giberga.

Las **Antologías de Poetas Cubanos,** de López Prieto, de Pichardo, de José María Chacón y del señor José Antonio Fernández de Castro en colaboración con usted.

Las **Vidas** de los principales caudillos revolucionarios, dadas a luz por Gerardo Castellanos; y si se quisiera ahondar más en la historia militar de nuestras contiendas, los **Anales de la Guerra de Cuba,** de Pirala.

Pudiera extenderme más designando otros autores y especialmente algunas obras de interés capitalísimo, pero la Bibioteca no podría entonces merecer el nombre de mínima, ni correspondería al propósito de usted, aparte de que algunas de esas obras están agotadas.

Celebraré que estas indicaciones respondan a la idea por usted iniciada, y aprovecho la oportunidad para repetirme, afmo. amigo y s. s.,

Rafael Montoro

Noticias literarias de Buenos Aires

= *Envío del autor*, Buenos Aires, 1932. =

Los premios nacionales argentinos que corresponden a 1928, han sido otorgados a Arturo Capdevila (Primer premio de $ 30.000 m/n) por su obra **Babel y el Castellano** que antes fué declarado el mejor libro del mes en España. El segundo premio correspondió a Fernández Moreno ($ 20.000 m/n) por sus libros **Décimas** y **Poesía**. El tercer premio ($ 10.000 m/n) no correspondió a las bellas letras sino a una obra de Derecho escrito por el Dr. Alejandro M. Unsain.

Los escritores argentinos por fin se han unido gremialmente. La unión de todos los escritores, sin izquierdas ni derechas, simplemente sindical, es casi un hecho. Esta Sociedad Argentina de Escritores acaba de adoptar un estampillado oficial, destinado a facilitar el contralor de autores y editores y justificación de tirajes. Esta estampilla podrá ser solicitada por escrito por el autor, mediante exhibición o copia del contrato de edición, en la Secretaría de la Sociedad Argentina de Escritores, Santa Fe Nº 1243, Buenos Aires.

Todo libro cuya edición haya sido estampillada en esta forma quedará automáticamente bajo la protección legal de la Sociedad Argentina de Escritores, la que realizará todas las gestiones que le autoriza la ley 7092. La Sociedad Argentina de Escritores cobrará un pequeño derecho por cada millar de estampillas, el que se ha acondicionado al precio de venta del libro, desde medio centavo a un centavo. La estampilla trae la efigie del gran escritor José Hernández, autor de **Martín Fierro.**

Los mejores escritores argentinos, en nuestra humilde opinión, siguen siendo, poesía: Fernández Moreno; cuento: Horacio Quiroga; novela: Benito Lynch. Es curioso observar que estos tres escritores andan siempre fuera de todo corrillo literario. Dos de ellos ni siquiera habitan en Buenos Aires.

El hombre que está solo y espera, de Raúl Scalarini Ortiz, lleva ya cuatro ediciones. Se ha dicho que es este libro una biblioteca porteña. Esta obra fué designada por el P. E. N. Club como el mejor libro del mes y obtuvo un premio municipal correspondiente a 1931. En su cuarta edición trae la estampilla editorial correspondiente, con lo que también inaugurará el nuevo régimen de cosas que habrá de favorecer a los escritores argentinos.

El suceso literario de este año parece ser un libro que Ricardo Rojas prepara sobre San Martín. En la Argentina escribir sobre uno de sus grandes hombres es siempre una posibilidad de éxito literario.

Se discute acaloradamente la solicitud que profesores de la Universidad de Buenos Aires y de La Plata hicieron para que se le confiara el premio Nobel a Manuel Gálvez. Los escritores jóvenes critican mordazmente a Gálvez.

El novelista Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast) fué nombrado Director de la Biblioteca Nacional.

El joven escritor Armando Cascella escribe en **El Mundo**, correspondiente al lunes 20 de junio, sobre lo que él llama **Coloniaje Espiritual.** Dice: "Tenemos que librarnos de todo espejismo forastero. Para esto son indispensables dos actitudes: volver la espalda a Europa y viajar a través del país. Es decir, además de todo lo otro, conocer geografía nacional, historia nacional. Sé que esto parecerá impertinencia, pero todo escritor argentino podrá comprobar en cualquier colega, y en su propia conciencia, salvo rarísimas excepciones, la oceánica ignorancia que aquí se padece en ambas indispensables direcciones de este conocimiento".

Enrique González Tuñón acaba de publicar un libro que él irónicamente llama **Novela sudamericana de honestas costumbres y justas liberalidades** y que se intitula **El Tirano** (Gleizer, 110 pág.).

Los más renombrados escritores argentinos han principiado a dar obras para el teatro con bastante éxito. Hace unos meses Capdevila ofreció su primera obra. Actualmente se presenta en las tablas un drama "La Casa Colonial" de Ricardo Rojas y Enrique Larreta presentará una obra intitulada "El Linyera".

Alberto Zum Felde, el reputado escritor uruguayo, traza un panorama literario de su país. Dice él "que no hay entre la generación actual, francesa o española, cumbres soberanas de poesía, maestros universales, como los hubo en épocas precedentes. Pertenecen sus figuras más notables a la jerarquía que podríamos llamar de los dioses menores. Poetas uruguayos de nuestros días, como Juana de Ibarborou, Jules Supervielle, Emilio Oribe, Osaravilla Lemos y otros, se hallan respecto a los europeos de esta hora, en plano de categoría no menor".

Con motivo de la prisión de Haya de la Torre, se ha producido en la Argentina un movimiento de opinión de que es expresión un mensaje dirigido por varios intelectuales al Congreso Constituyente del Perú. El texto del mensaje es el siguiente:

"Los ciudadanos argentinos que suscribimos este mensaje, con motivo de la prisión de Haya de la Torre, no invocamos otro título que los tradicionales sentimientos de amistad que nos unen al pueblo de ese país hermano, y sólo nos mueve al dirigirlo a ese Congreso Constituyente en su carácter de la más alta expresión del organismo estadual del Perú, un elevado sentido de los deberes continentales.

"Por encima de toda interna frontera política, estimamos que Haya de la Torre, por sus altas condiciones intelectuales y éticas, por su aguda visión de nuestro común porvenir y por la fecunda campaña de ideas cumplida en muchos de nuestros países, es un hombre que pertenece a nuestra América. No queremos ni debemos investigar las causas que motivan su prisión actual. Sólo deseamos que este alto cuerpo, abriendo su comprensión a este cordial reclamo de un grupo de hombres vinculado al pensamiento argentino, dicte las medidas que determinen su libertad a fin de que pueda venir a esta República donde tanto se le conoce y aprecia, y a la que le invitamos con nuestro mejor entusiasmo. fieles a la huella de hospitalidad que caracteriza la historia de nuestra patria".

Arturo Mejía Nieto

Estampas

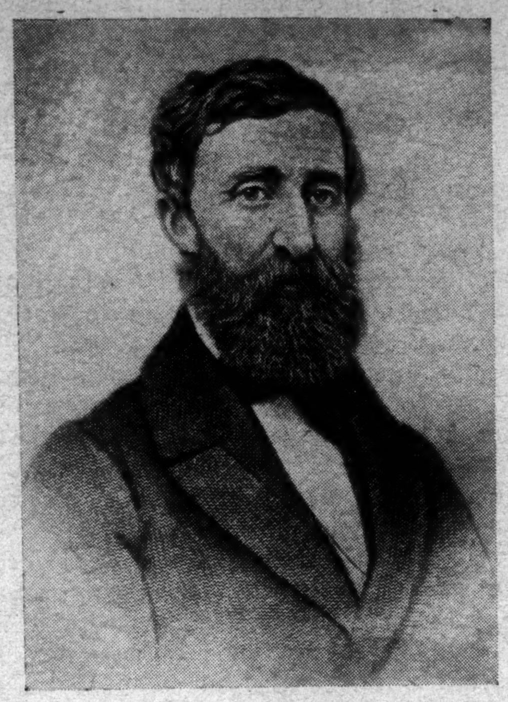
Es necesario que se eduque al pueblo para acabar con la supertición del buen gobierno
El suceso del zapato remendado

= *Colaboración directa* =

Un ciudadano de Concord que no ha pagado su tributo al Estado va a recoger el zapato que el día anterior dejó componiéndose. La policía que lo lleva en sus registros de desobediente, lo detiene y el zapato se queda sin recoger. El ciudadano es llevado a la cárcel y allí medita en el poder que le impone aquel racero humillante. Es el Gobierno del Estado. A su recuerdo acude el decir de que "el mejor gobierno es el que menos gobierna" y el lo cambia por este otro decir: "El mejor gobierno es él que no gobierna en absoluto".

Se llama el ciudadano Henry David Thoreau y ha venido de Walden que en 1846 ha debido ser "selva primitiva" como en el canto de Longfellow. Thoreau se ha forjado su filosofía económica y ha ido a realizarla a Walden. Cree que el hombre no debe hacer más trabajo que el absolutamente necesario para satisfacer necesidades indispensables. Salvará así su persona para la obra constructiva de la comunidad en que viva.

Pero se le ha roto un zapato a Thoreau y sólo en la ciudad hay zapateros remendones. Para que le compongan la media suela sale de Walden. Y entra en la red del gobierno, red feroz que no perdona la desobediencia de sus mandatos. No ha pagado tributos porque él es antiesclavista y los dineros que diera serían para las leyes del gobierno esclavista. En la prisión medita su ensayo admirable sobre la "Desobediencia Civil". El gobierno le ha quitado la libertad y es el gobierno el que más saetas recibe de la censura de Thoreau. Existe el gobierno con un mando ilimitado precisamente porque la colectividad es analfabeta. Sáquesela de la ignorancia, enséñesela a pensar y el gobierno no tendrá más que hacer en esa colectividad. El gobierno —concepto de Thoreau—que es tan sólo el modo elegido por el pueblo para ejecutar su voluntad, es igualmente susceptible de que se abuse de él y se le pervierta antes de que el pueblo pueda actuar por medio de él. No es Thoreau un ilusionado que repite lo de que "la voz del pueblo es la voz de Dios". Pero tampoco se engaña con el saber del grupillo que se constituye en gobierno de un pueblo. Ni adulación desmedida y torpe para el pueblo, ni confianza en la capacidad del gobierno. Este no realiza obra grande, porque los hombres que lo forman ni individual ni colectivamente tienen capacidad creadora. Al gobierno se llega sin dificultad. No hay pruebas que vencer, pues esa del sufragio es tan sólo el engaño usual para escalar el mando. Confía el pueblo en los hombres que se agrupan y redactan promesas que tendrán realización en el gobierno que ellos lleguen a tener. Pero se le defrauda y la misma mentira sigue entronizada. El gobierno se vuelve así tradición que hay que trasmitir a la posteridad. Tradición supersticiosa nada



Henry D. Thoreau

más. Cosa muerta. Y estorbosa. Como es superstición penetra con facilidad la conciencia colectiva y no sale de allí nunca. Es necesario que se eduque al pueblo para acabar con la superstición del buen gobierno. Pero esa educación deberá darla el grupo que continúa la tradición y no querrá nunca ir contra su propia vida. La ignorancia profunda es lo mejor para todo gobierno que desee conservar inalterable su dominio.

Severo es el juicio de Thoreau cuando medita en el gobierno y lo nota dueño de la libertad y hasta del destino de hombre. Es cierto que ha sido encarcelado por defender sus ideas del atropello del gobierno. Pero no es crimen sino desobediencia lo que ha cometido. Por sobre todo gobierno está el ciudadano. Y el ciudadano tiene una conciencia que puede ser grande y de fortaleza inmensa. ¿Cómo va entonces la ley que el gobierno impone a abatir la conciencia del ciudadano? Ante todo somos hombres. La condición secundaria es la de subordinados al gobierno. El hombre tiene que defender su conciencia de todo contagio mortal. El gobierno contagia debilidades y vicios que hacen vergonzosa y vil la vida del hombre. Pretende adueñarse de su pensamiento y de su voluntad para arrebañarlo y someterlo a la tradición supersticiosa. Es decir, pretende quitarle precisamente el resplandor que hace del hombre una criatura superior. Piense el hombre con toda la plenitud de sus aspiraciones. No hay nada que ponga límite a su poder inteligente. Nació para crear. Y es el pensamiento el que trabaja en el mundo que entrega creaciones. No se arrebañe el hombre. Busque siempre su libertad y defiéndala del asalto de quienes se empequeñecieron para empequeñecer. El gobierno es cosa pequeña, empequeñecida porque nació de muchas miserias. Los hombres que lo hacen han tenido que atarse a todas las esclavitudes funestas. No se libran jamás de ellas y por ellas luchan y malogran principios superiores. Llegan absorbidos por la superstición que recubre al gobierno y ya con eso, padecen tapaderas que no les permiten recibir inspiración de arriba.

Hay en la filosofía de Thoreau, que nutre el ensayo que hemos leído y releído desde que llegó a nuestras manos, una aspiración invariable de hacer sentir al hombre que es persona y no bestia. Es un ensayo meditado en la prisión humillante. El gobierno es el que más degrada la vida del hombre. Por esto no quiere Thoreau contribuir a hacer espesa la superstición nacida en torno al gobierno. Lo censura y lo encuentra detestable. No es que quiera la desaparición del gobierno, sino la aparición de un gobierno mejor. Si el hombre crece y va dando el fruto de su crecimiento, lo natural será que nadie estorbe la altura hacia donde sube la fronda. Este derecho debe tenerlo afirmado el hombre. No es cosa sujeta a alternativas. El tiempo lo ha afirmado. El hombre desenvuelve sus capacidades superiores cuando está inspirado en el anhelo de mejorar. Busca con mejor sentido la cultura que lo libre de las atracciones de la ignorancia. Por ello hay que respetarle la libertad. Y no siempre se la respeta. El gobierno es el poder que con más zaña le sale al paso al hombre que crece. El gobierno es pequeñito y no puede soportar estaturas diferentes a la suya. Mata la libertad para que el germen se imponga. Thoreau vio bien la lucha. Y la definió en su ensayo profundo.

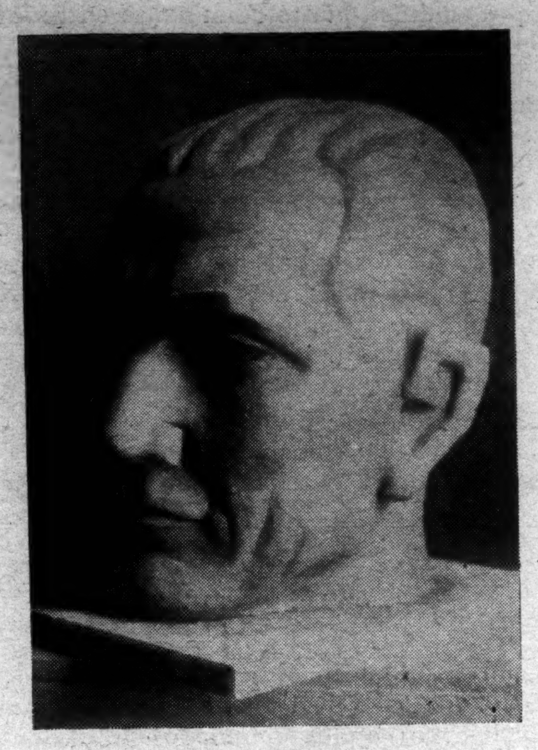
A la distancia de noventa años el juicio severo de Thoreau conserva siempre un fondo permanente de verdad. Leemos sus conceptos y vivimos una inquietud que no es la del desgraciado que se ve recluído en la cárcel por un poder que no puede dominar. Es la inquietud del hombre grande que acosa el gobierno y le hace invivible la vida. Y aquel gobierno pasó y el olvido lo tiene recluído en su manicomio. ¿Qué queda de los personajes y personillas que hicieron aquel gobierno torpe? Nada. En cambio Thoreau vive para inspiración de la posteridad. Es la lección implacable del tiempo. Unos miserables sin significación que perdure le salen al encuentro al hombre de decoro y de honor. Lo atropellan en nombre de teorías infelices. Le amargan la vida y piensan que han impuesto sus gestillos de títeres. Pero ninguna miseria resiste el largo camino de la posteridad. Pronto da al paisaje su boqueada asquerosa. Allí está Thoreau resplandeciente. La cárcel se abrió para él, que vivía creando maravillas con su espíritu fecundo. Ni carceleros ni jueces pudieron sobresalir un

(Pasa a la página 154)

Hacia una música de la raza

= *Envío del autor.* San José, Costa Rica, 1932 =

El título es un poco equívoco. Está usado más bien con un criterio estético. Tampoco conviene confundirlo con lo puramente folk-lorista. Nos referimos a la posibilidad de un gran arte musical indígena. En este esfuerzo anda el profesor don David Sequeira. El ha compuesto varios poemas músicales con el fin de traducir la sensibilidad de la raza americana. Esa sensibilidad se manifiesta en las leyendas religiosas o heroicas, así como tiene también una alta expresión en la construcción de los templos y de los palacios de los reyes. El Gran palacio de Mitla es un canto del pueblo mexicano, así como el Partenón es un canto del pueblo ateniense. El profesor Sequeira ha querido penetrar en esa sensibilidad o, mejor dicho, evocarla. Debemos dejar necesaria constancia de que él no puede aspirar a reconstruir una música primitiva de nuestra alta cultura indígena, porque no hay monumentos que la conserven. ¿Pero, hubo una música en nuestra América antigua? Por elemental que ella haya sido, ha debido existir. En primer término, porque una gran cultura es casi siempre universal en el sentido del hombre mismo. Puede afirmarse que toda gran cultura implica el máximo desarrollo del espíritu del pueblo que la ha creado. La América aborigen conoció el secreto de las grandes culturas. Los monumentos que nos quedan como testimonio de ello, de los Aztecas o de los Incas, revelan la existencia de un hombre superior a los Incas, revelan la existencia de un hombre superior a las obras mismas que hizo. Si allí se desarrollaron las artes constructivas y decorativas, ¿por qué no pensar que a la par del arquitecto hubo el poeta y el músico? Sí los hubo, porque en toda cultura histórica han coexistido estos representantes de los múltiples valores espirituales del hombre. En segundo término, porque en el fondo de nuestras culturas definitivas, hubo siempre un culto religioso superior en que el hombre hizo un supremo esfuerzo por establecer vínculos profundos con la naturaleza y con las divinidades. Esos cultos comprendieron en su ritual, numerosas fiestas religiosas de sentido cósmico.



David Sequeira

Escultura de *J. M. Sánchez*

El calendario de los mayas-quichés, puede decirse que dividía los meses por fiestas suntuarias. Los diez y ocho meses de que se componía el año, eran diez y ocho fiestas, algunas de ellas en honor de los dioses que presidían los destinos de las tribus, como la que celebraban los brujos en honor de los dioses de la medicina, Ixchel, Itzamna, Citbolontun, Ahuachamahez o la fiesta en honor del dios de la paz, Citchaccoh. Otras celebraciones lo eran en homenaje a la naturaleza creadora y protectora, como la del quinto mes, que correspondía a los dioses de la abundancia, los cuatro Bacab y los cuatro Chac. Las ceremonias no podían menos de ser diferentes y el estado de ánimo que en cada una de ellas provocaban los sacerdotes, tenía que ajustarse al sentido de los ritos solemnes. Durante ellas se cantaban himnos para honrar a los dioses. Algunos de esos himnos pudieron ser reconstruídos y conservados, como el que se decía a los Mimixcohuas, traducido por Seler en su **Die religiosen Gesangen;**

"Lamento del Caribe."
David Sequeira
Op. 8.
Andante misterioso
Piano.
mp

"Danza de la Muerte"
David Sequeira.
Andante Maestoso
Piano.
f energico
sempre forte



La Danza de la Muerte

Inspiración de *I. M. Sánchez.*

He salido de las siete cavernas
He salido del país de las plantas espinosas;
Vine de allá arriba, país de origen de los
Mimixcohuas;
Vine de allá arriba con mi lanza hecha
con la planta espinosa;
Vine aquí, vine aquí con mi red de pescar;
le cojo, le cojo;
Y le cojo, le cojo
y está cogido.

Cantos que recordaban las emigraciones de las tribus y que añoraban, sin duda, los recuerdos de la tierra donde se vivió una vez.

¿Qué grado de desenvolvimiento alcanzó la música indígena en la sociedad o en el pueblo que vivió las civilizaciones perfectas de los Aztecas, de los Mayas, de los Quichés, de los Incas? Las múltiples leyendas y mitos de todos estos pueblos están evidenciando que el hombre no fué ajeno a ninguna de las pasiones ni a ninguna forma de emotividad humana. El hombre supo allí el dolor de odiar y el dolor de amar. También allí la mujer tuvo en sus brazos a un niño, vivo o muerto, y supo del arrullo y del trágico grito de la desesperación. Esta concepción humana de las cosas, es el único punto de partida real de un arte que quiera revivir las expresiones del alma primitiva de nuestra raza. Precisamente es en este plano en el cual se ha colocado el profesor Sequeira. Su música es de alto tono; por eso nos hemos apresurado a decir que no es folk-lorista, sino en lo que esto pueda tener de esencialmente psíquico. Sus poemas sinfónicos, como La Danza de la Muerte, el Arbol de la Leche no son simplemente interpretativos ni descriptivos. En el fondo de cada uno de ellos hay un tema sentimental que el artista lo quiere arrancar atrevidamente del alma misma de la antigua raza. Su éxito, como obra de arte, o su virtud, como creación, consiste en esta noble fidelidad a lo que hay de cierto en el corazón del hombre, desde el grito de guerra hasta la queja materna. No queremos decir que el maestro sea indiferente a los mejores recursos para dar a su creación un excelente valor de obra artística. Nada más impresionante que la combinación del ritmo y de las grandes sombras que proyecta la hoguera en el bosque en la Danza de la Muerte; ni nada más conmovedor que la harmonía entre la sombra nocturna teñida por el oro de una débil lámpara y el canto de los representantes de la antigua servidumbre aborigen, como se sorprende en el poema del Carro que avanza en la noche.

El profesor Sequeira tiene en su favor las mejores condiciones de espíritu para darle remate a esta empresa de renovación de un arte musical propio. Desde luego, su compenetración de las inquietudes de una raza, que a pesar de la dominación y la mezquindad en que se la hizo vivir, ha conservado, acaso, sus fuertes instintos latentes, y por otra parte, su respeto por el ser humano. Su música es intensamente alentadora. Es, cabe decirlo, sinceramente, una música de admonición. La melodía siempre se rompe en un propósito de hacer una especie de llamamiento al espíritu primitivo. Esta tendencia profética ha alcanzado su punto culminante entre los poemas hasta ahora compuestos por el maestro, en la marcha-himno que él llama Sangre Nueva. El título parece evocar los instintos sangrientos de las tribus, pero el sentido del canto no es guerrero. Es más bien el grito de las nuevas generaciones. El poema está lleno de fuertes impulsos y de magníficas claridades, todas ellas de aurora. Los hombre no fué ajeno a ninguna de las queda constante y secreta de sus destinos, llegan a lo alto de la montaña en el momento en que el Sol hace estallar la flor espléndida de sus iluminaciones. Los jóvenes, envueltos en la majestad de esta gloria luminosa, rompen en un himno varonil de rebelión y de libertad. Es el himno del porvenir.

Así es como resulta esencialmente humana la obra del maestro Sequeira y como, perfeccionándose, podrá llegar a ser la legítima expresión del alma americana. En ella, como en los templos musicales de Wagner, la Naturaleza se sentirá hermana del hombre en la victoria o en la tragedia y éste, surgiendo de los antros oscuros de su pasado, podrá aspirar a ser o será un semidiós, y la América reconstruirá otra vez su fuerte y mayestática civilización, sin la cual está todavía roto el ritmo universal de la Humanidad.

Rómulo Tovar

Estampas

(*Viene de la página 152*)

jeme siquiera en el recuerdo grande de los tiempos. Es el aliento para los que luchan en medios dominados por la superstición del gobierno. Lo que se haga con nobleza, lo que sea la realización de un esfuerzo del pensamiento quedará vivo para más adelante. No importan las persecuciones que acudan agresivas contra los que tienen batalla que dar en el rumbo de la justicia. Dense con varonilidad esas batallas y la visión segura que en ellas luzca, las salvará del diente roedor de personajes y personillas.

El suceso del zapato remendado es evocador en la vida de Thoreau. Lo cuenta con sencillez y refiere que apenas salido de la cárcel, fué a casa del zapatero por su zapato remendado. Y se lo puso y tomó el camino de la "selva primitiva". Buscó la vida rural, la que dió ambiente propicio a su espíritu perseguido por unos hombres en poder de quienes estaba el gobierno de una colectividad sumisa.

En épocas de retroceso es saludable la inspiración hallada en las páginas de los que obraron con superioridad. Busquemos en cualquier parte del mundo en donde estemos esas páginas admirables. Leámoslas y saquemos de ellas la lección grande, la lección que dice que a la posteridad no puede burlársela, porque es implacable y al menguado lo mata sin piedad y para salud de los pueblos.

Juan del Camino

Costa Rica, Setiembre de 1932.

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

De "La vida de San Adefesio"

= *Colaboración directa*. San José de Costa Rica =

(Véanse las entregas 5 y 7 del tomo en curso).

Aquí se canta:

¡Pobrecitos generales!
Déjenme echar una lágrima
que brille en punta de sable.
Equilibrando la panza
Viven en paso de danza,
Y por haber alabanza
Hasta arriesgan el pellejo:

Cuando se acuestan, no saben
si antes de cantar el gallo
no madrugará el compadre:
Tan orondos que desfilan,
con bigotes que horripilan,
y a lo mejor... ¡los fusilan
en cualquier lance pendejo!

En cambio, los abogados
viven cómodos y holgados:
Duermen en catres dorados
hasta que está el desayuno:
Nunca se les ve azorados,
de todos son bien tratados,
y hasta les dicen honrados
por más que, honrado, ¡ninguno!



Tocolote

Madera por *Laporte*

Aquí se dice, se cuenta, se relata:

Los generales creen que gobiernan en la cristiandad americana, porque se rompen la crisma por agarrar el mando y porque a veces llegan a presidente de República. Los que mandan de veras, porque manejan a los generales como a chanchos capones que se engorda para fiesta, son los abogados. ¡Esos sí que andan despiertos, y calzan botines de cabritilla suave, de costados elásticos, de los que hace Isaac Saavedra! Los generales, en cambio, se hacen callos con zapatos de becerro tachuelados, de los de Quintana, o más baratos.

Abogados y generales pueblan la historia de León, hasta que lleguen los banqueros, punto y raya más duchos que los abogados, como que caminan con las enormes patas metidas en calzado extranjero que no rechina ni para consolar a un moribundo. Entre tanto, por cada general que hace pisto, ¿quién no puede señalar a diez abogados ricachones?

¡Pobres los generales! ¡Cómo luchan, cómo se esfuerzan, cómo se retuercen los bigotes y empinan los hombros y pandean el espinazo y echan barriga! Todo para caer en garras de abogado, al igual que los finqueros, al igual que los tenderos, hasta que los banqueros lleguen.

Digo la verdad, señores: Quien hace la ley, ése la deshace. ¡Ay de quien la deshace sin poderla volver a hacer! Tontería de Moisés, la de quebrar las tablas de los tremendos mandamientos. No supo considerar a los coleccionadores de incunables. Y si de sabio hemos de alabarlo, será porque se puso a picar piedra y a escribir otra vez la ley eterna.

En León hay Sinaí a cada dos cuadras, y Dios no se da abasto haciendo sonar truenos y relucir relámpagos. No hay abogados como los leoneses: Todos son sabios: Todos son graves: Uno ha escrito la historia: Uno hace los mejores discursos: Uno ha redactado el código: Uno ha inventado fórmula admirable para monopolizarlo todo. El general tirano, que llegó a presidente, creyó aprovechar el invento: Murió, mendigo casi, en Nueva York. Los abogados que le rodearon les dejaron capital fuerte a sus hijos. Hay ricos en León.

Los generales no saben inventar nada y en lo que se meten lo echan a perder. Cuando escriben, lo hacen mal. Cuando hablan, da vergüenza que sean de León. Si no están en el poder, le deben al sastre cuenta atrasada más de un año, le deben al zapatero, le deben a la cantina de la esquina y a veinte estancos más: Le deben al dueño de la casa: Sus mujeres andan en trapillo y envejecen prematuramente.

Cuando, pues, india vieja, harapienta, con pelos en la barba como cerdas, recorrió calles de León pidiendo limosna de sábado y buscando casa donde entenar al niño monstruoso que humilde como perro la seguía, sabia—mendiga al fin—supo esquivar las casas de los generales, buscando sólo las de los abogados.

Andando, andando, andando, deteniéndose a veces a descansar al albergue de zaguán fresco del huate fresco almacenado allí, llegó al fin a casa del abogado más ilustre de León, señor de años, consumido de carnes, pequeño y doblegado de cuerpo, con algo, en su prestancia, de aguilucho desplumado.

—¡Una limojna por amor de Dioj!, gimió la anciana a la puerta del despacho del abogado ilustre.

El abogado ilustre estaba hecho un número ocho en taburete de asiento de cuero de vaca sin curtir. El abogado ilustre leía su propio artículo impreso en periódico de la capital.

—¡Una limojnita por vida del Señor!, volvió a decir, en voz más alta, la andrajosa pedigüeña, sin moverse de su lugar.

El abogado ilustre apartó los ojos del papel y puso la mirada en la pordiosera.

—¡Pedro! ¡Pedro!,—gritó el abogado ilustre con voz chillona, llamando a criado que le llevara la limosna a la pobre.—¿Dónde carajo estará ese muchacho?,—exclamó enfadado.

—Doctor,—dijo la vieja, con voz oportuna,—si quiere chavalo que le reparta los centavitos de Dios, aquí le traigo uno.

—¿Dónde?,—preguntó el abogado ilustre.

La vieja empujó al santito. El abogado ilustre miró al esperpento que tenía delante.

—¡Este niño es un adefesio! ¡Este niño es un adefesio!,—exclamó el abogado ilustre.

—Así será, doctor,—dijo la vieja.

—¿Y cómo se llama el adefesio?,—preguntó el abogado ilustre.

—Su merced dice que Adefesio,—respondió la vieja, y así será, doctor.

Al abogado ilustre le hizo gracia la ingenuidad de la pobre mujer, y se echó a reír con tal gana que soltó pedo a volar, y el pedo le hizo redoblar la risa.

—Adefesio, vení,—dijo el abogado ilustre cuando se hubo calmado.

La horrible criatura se adelantó hacia él con las manos juntas, llenas de humildad. Parecía untado finamente del barro más pobre, del barro de que se hacen los ladrillos baratos, las tejas que se rajan.

—Adefesio,—dijo el abogado ilustre,—dale a la pobre su centavo.

Así lo hizo el muchacho cara de ídolo indio. La vieja se fue andando, andando, andando. El abogado ilustre volvió a comenzar la lectura interrumpida de su artículo publicado en periódico de la capital. Adefesio, encargado de repartir limosna, oyó desfilar el cielo, de boca de mendigos.

—¡San Miguel te ampare con su ejpada de fuego!

—¡San José te dé el nardo de su vara!

—¡Que la Virgen te prejte a cargar el Niño!

—¡Dioj te lo pague y te haga santo!

—¡La Sangre de Crijto te purifique!

—¡Angelej te acompañen el día!

—¡La palma de los mártirej te cubra!

—¡San Pedro te abra sin preguntarte nada!

—¡La Santísima Trinidad te acoja en Su regaso!

Nadie sabe, ni le importa a nadie, qué es de los pordioseros toda la semana hasta que llega el sábado. El sábado salen. La ciudad zumba de jaculatorias. La tristeza del mundo está en esos ojos, y la dulzura de Jesús brota de esos la-

bios. Van lentos los mendigos, arrastrando pie que elefantiasis deformó: Lentos, toqueteando bastón porque son ciegos: Lentos, apoyándose contra la pared porque son viejos: Lentos, con el cuerpo doblegado, apestoso a cáncer: Lentos, escondiendo la cara que las viruelas dejaron más horrible que máscara de diablo mantudo: Lentos y temblorosos, quebrados del espinazo, cargados de úlceras, ardiendo en fiebre, medio tullidos, deformes, imbéciles, tristes. El dolor les hace miel la palabra.

En cada casa se han ido recogiendo, toda la semana, los centavos de los vueltos del mercado, de los vueltos de la pulpería, para dárselos, el sábado, a los pobres. En León ésa es la costumbre.

Salomón de la Selva

El cazador de moscas

= *Envío del autor*. Santiago de Chile =

Mi infancia fué como una especie de Edad Media,
un caos con sus miedos, sus encuentros fortuitos con el Diablo,
besos frustrados de mi prima Lola, y preguntas en todas las veredas.
Un querer regresar a la tierra. Por ejemplo:—Mamá ¿me paso
a tu cama?

Mamá me ecuenta que no jugaba de niño como niño y que me
sabia el nombre
de todos los animales de aquel libro, y que con la tristeza infinita
de un hombre
me iba a un rincón a dibujar los sueños
de mi corazón, los fantasmas de mis miedos. ¿De qué raíces me
subían pensamientos?
Sería yo un átomo en las sienes febriles del mundo?
Por qué vine yo a la tierra con un alma más grande que la
ciudad en que nací?

Me acuerdo bien: me daba pavor el Señor Jesucristo y dulzura
Leonardo.
Cuando vi a la Gioconda, al verla fea, pensé que yo era un poco tardo
de entendederas. Pero decía para los otros:—Qué maravilla
Dios santo! Y, cosa extraña, sentía que Gioconda y mamá eran
una misma.
Una voz subconsciente gritaba:—Te tendré, te tendré en mis
manos, Vida!

Así era yo de triste, de meditabundo. Y así era de infinito el hombre
que fermentaba en mi oscuridad de pequeño gusano en espera
de un ala,
y que siente 4 paredes, 4 calles y los bigotes paternales
sobre esa ansia de crecer, de subir que alzaba en mí sus grandes
velas.

Por eso me evadía al campo, al Puente de Fierro, a Chilina y
me abandonaba
al cielo como un puñado de polen y dejaba mis pulmones al viento.
Allí la brisa era buena como vaca para mi corazón ternero.
Los pájaros metían el ala en cada esquina de mi vida,
nubes pasaban muy altas como las cimas de las cimas.
Qué paz, qué alianza con los dioses hijos de esas nubes Vírgenes
Marías!

Pero, ay Dios mío! Papá le decía a mamá:—¿Para qué sirve
Alberto? Se está siempre como un bobo mirando volar las muzarañas.
Si fuese un hombre! No se como con versos. ¿Qué quieres que
hagamos con sus sueños?
Y en verdad yo miraba volar en mí, qué cosas! Miraba
volar. Sentía unas alas. Sentía a los sapos cantar en su tamborcito.
Mamá se ponía triste, pero valientemente le decía:—Ya se verá
Manuel
María, déjalo, ya se verá. Cuando él nació yo se lo ofrecí a
San Francisco.

Se verá decías madre mía. Pero no se veía. ¿Para qué serviré
Dios mío, para qué
vine a la vida? Para pasármela cazando nubes, para mirar
crecerme el alma en el silencio dulce, para quitarles a las moscas
el cielo que traían en la espalda?
¿Es que nací para procrear en mí un alma inmensa como una
gallina clueca?

Sí: algo grande había en mí. Era yo como semilla
que se moría en la vida para otra vida. Me bastaba mirar el cielo alto
con estrellas en noches de junio, con nubes carabelas
encendidas de luna, o radiantes de tu sangre, Arequipa,
para sentirme quemado de ambiciones, para sentir
que yo también crecía todos los días como tus montañas, Arequipa,
y hasta tus torres eran manos de abuela que bendecían!

Y quería que mamá tuviese razón cuando decía
a papá:—"Ya se verá". ¡Claro! Ya se vería cómo el cazador
de sueños podía por ejemplo hacer hasta una casa. Eso es
la idea de una casa quedó sembrada en la palma de mi mano.
¿Pero cómo? Papá ya estaba cano y nosotros no teníamos más plata
que esa de sus sienes.

La haría con mis triunfos. Triunfaría, caramba! La pintaría de azul
como el viento cuando revoca de cielo al Misti, al Chachani,
al Pichupichu!
Construiría sus paredes con las arrugas de mi cara,
y sus ventanas mordederas humanas, carcajadas
humanas. Sus tejados serían mis mil y una noches desveladas.

Fue así. Y fué así: mi casa creció, se desnudó como una crisálida.
Yo vi las recuas de borricos que trajeron los sillares,
cada sillar que caía era como un soneto nunca escrito.
Vi las zanjas para el cimiento, tumbas de pensamientos
míos, de vergüenzas mías. Sentí como cantaba el pico en el sillar
que es carne de volcán. (Toda Arequipa está tallada en carne de
volcán).

Hice números, yo! Convertí libros en libras. Los 60 años de papá
vigilarán,
me dije. Y me volví a mi Lima para sufrir por el amor de una Rosa
que no era Santa y era mía, infernalmente mía
con juramentos que rompía a cada rato. Y, entretanto, papá me
escribía:
"Crece la casa. Ya la verás. Los vecinos murmuran que estamos ricos".
¿Estamos? ¿El cazador de moscas en plural
con mi buen papá que tenía hasta cuatro galones de militar?

Mi sonrisa levantaba los hombros, como suele la brisa
cuando le hace el amor un gorrioncito de esos que cazaba con liga.

Y ahora tengo casa. Florece allí mi madre su corazón de manjar
blanco
y mis hermanas son cuatro cascabeles en mis alas.
Se ha poblado de rosas el jardín, se ha poblado de risas
y de sonrisas aquel maternal. "Ya se verá!"

Tenemos un perro de ojos de oro, árboles frutales en el huerto
y no faltan en los amaneceres los sapitos como de cuento
que me enseñaron a cantar. Mi padre dice ya
en cada final de carta: "Bendito seas
hijo mío ¿cuando volverás a los brazos de tu ciudad?" Y mamá:
"Ven prontito, hijo mo, para vernos dichosos". Y mis hermanas:
"No te hagas extrañar".

Es verdad. Debo volver. Ya estoy maduro de silencios;
en mis hombros se han ido quedando mil lunas, ciudades, polvo de
cielos extranjeros.
Yo construí esa casa para que empolle sus huevos mi soledad,
para tener el derecho de poner la mano en la mejilla
y ver tranquilamente cómo el alma me crece y perfuma como una
clavelina.
¿No será bien dulce pensar que mientras leo un libro mi madre
me mira?

Alberto Guillén

1932.

Reseña de los movimientos pacifistas de la Epoca Moderna

Testimonio de Víctor Hugo y de Alejandro de Humboldt

Las conferencias de la Haya

= Traducción de *S. de la S.* para *Repertorio Americano* =

Por bien intencionados que sean, y por más que ayuden, los planes de los príncipes y de los filósofos para abolir la guerra, ello sólo los pueblos lo pueden obtener. Sobre los pueblos pesa el horror y la carga de la guerra, y ellos son los únicos que pueden quitarse ese azote de encima. Si han de tener efecto, precisa vulgarizar y popularizar las teorías pacifistas y la lucha de pacifismo Será un procedimiento lento: Ya, sin embargo, se cuela, hasta las masas, la enseñanza de los filósofos: Cada vez más. Del modo como muchas malas doctrinas, nacidas en las capas superiores, han llegado a empapar las inferiores.

Recordemos quienes impelieron hacia la Revolución Francesa.

Lo que Newman dijo de las herejías en religión—que siempre perduran por un residuo de la Verdad positiva que guardan y no por la falsedad negativa que contienen y que a la postre las destruye—es también cierto de las herejías políticas.

Hasta la misma Revolución Francesa sostuvo ciertas verdades y ciertos derechos—como la antigua verdad de la fraternidad humana que la vida política y social había olvidado. La Revolución, desde luego, la torció y corrompió; pero la Revolución sirvió para sacar esa verdad de la ignominia a que se la había relegado y para anunciarla tan ruidosamente que ya no se la pudo hacer a un lado. El ideal de la paz es inseparable del de la fraternidad. Más y más ese ideal es propiedad común de grandes grupos, mientras que antes lo fué sólo de individuos aislados. Seguramente que esto es resultado de natural reacción contra el descabellado derramamiento de sangre, y así es cómo el interés civil viene pugnando más y más fuertemente contra el interés militar por ocupar el puesto dirigente de las masas. A medida que, en la civilización moderna, crecía el poder militar, fue creciendo también la protesta en su contra, y no sólo en la mente de individuos apartados sino que también en grupos numerosos.

La primera protesta organizada, contra la guerra, en la época moderna, fue la de los cuáqueros ingleses y norteamericanos. La preeminencia le corresponde, fuera del campo religioso, al Dr. Worchester, cuyo libro de **Investigations on War** hizo gran bulla al publicarse, en el 1815. Luego vino la fundación de sociedades pacifistas en varios países. Independientes una de otra se fundaron la **Peace Society (Sociedad Pro-Paz)**, primero, en Londres, y, seis años más tarde, en París, la **Societé de Moralité Chretienne.** En el 1830 se organizó una institución de la misma índole en Ginebra.

El primer esfuerzo para influir a favor de la paz en la política internacional data del Congreso de Londres, de delegados de sociedades pacifistas inglesas, francesas y norteamericanas. Se elevó petición a todos los Estados de incluir en todo tratado de paz y amistad internacional un artículo por el que se estableciese la obligación de someter a fallo de tercero todo mal entendimiento que surgiese entre las partes contratantes. Louis Philippe, rey de los franceses, les dijo a los delegados del Congreso pacifista: "La paz nos es necesaria a todos y la guerra acarrea consigo tales sufrimientos que no con ligereza se puede ocurrir a ella. Personalmente abrigo la convicción de que llegará el día cuando se la haya abolido del mundo".

En esos años (1810-1879) había un sencillo ciudadano de los Estados Unidos, quien, de herrero, había llegado a alto nivel de educación y que debía convertirse en ardiente apóstol de la paz. Se llamaba Elihu Burrit. No sólo pudo conmover a las masas en la Gran Bretaña y en su propia patria, con sus discursos, sino que logró reunir dos Congresos pacifistas, el uno en Bruselas, el otro en París. En este último exhortó con urgencia a la prensa y a las autoridades espirituales. De ese modo, paso a paso, el ideal de la paz ha venido convirtiéndose cada vez más en ideal de los pueblos. Anteriormente podían los monarcas hacer caso omiso de la opinión pública, porque esa opinión estaba muda; mas, a medida que el poder ha venido a manos del pueblo, la política ha ido consultando los intereses y las opiniones de las masas, y éstas, hasta lo hondo de sus almas, se han venido oponiendo más y más a la guerra.

En agosto del 1849, inaugurose imponente Congreso Pacifista en París. Lo presidió el arzobispo de París y fue su vicepresidente Víctor Hugo. Llegaron veintitrés delegados norteamericanos, dos de ellos negros que habían sido esclavos; Francia envió doscientos cincuenta. A Alemania la representaron el Dr. Caroné de la Universidad de Heidelberg y Frederick Bodenstedt, de Berlín. Gran número de profesores alemanes se adhirieron por escrito a los propósitos del movimiento. Víctor Hugo formuló el credo del Congreso en estas palabras:

"El día alboreará cuando las armas las habréis arrojado de vuestras manos, y la guerra aparecerá entonces tan absurda entre Londres y París, Petersburgo y Berlín, como ahora es impensable entre Basilea y Zürich o entre Glarus y Schwyz. El día llegará cuando las naciones de Europa se verán tan estrechamente unidas como lo están ahora los cantones de nuestra Suiza, sin que por ello nación ninguna pierda su individualidad. Anuncio el día cuando los únicos campos de batalla serán los mercados del mundo, abiertos no sólo para el trueque de productos sino también para el pensamiento del hombre. Ese día de aurora ciertísima, en vez del estallido de bombas y granadas, se oirá la voz y la voluntad del pueblo, por medio de la Corte de Paz de un gran Senado Soberano que será para Europa lo que su Parlamento es para Inglaterra, lo que su Reichstag es para Alemania y lo que la junta de sus cantones (el Bundesversammlungen) es para Suiza. Veremos entonces el cañón sólo en los museos, como ahora vemos allí los instrumentos de tormento de épocas ya abolidas, y maravillados nos preguntaremos cómo los hombres han podido usar máquinas tan infames".

El tercer Congreso Pacifista internacional se reunió el año siguiente del de París en Franckfort sobre el Maine. También aquí la representación alemana fué escasa, pero el mensaje que le dirigió uno de las más grandes mentalidades de Alemania, merece recordarse. Dijo Alejandro de Humboldt: "La historia del pasado nos enseña que, bajo el ala de Poder superior, hay en la vida de las naciones un anhelo por un destino más noble, y que ese anhelo ha de verse realizado algún día".

El descontento para con la guerra halló expresión en la declaratoria hecha por la **Ligue Internationale et Permanent de la Paix**,—organización católica—conservadora fundada en el 1867 y en París por Frederic Passy,—en su Congreso de París del 1869. Reza así:

"Decir que la guerra se justifica es lanzarle reto a la conciencia humana. Las nuevas potencias que han surgido, se oponen a la guerra con mayor fuerza que antes: Estas potencias, las industrias y la libertad política. La población de Europa, en proporción enorme, todos desean la paz, pero, ello no obstante y en contra de sus propios intereses, Europa se halla bajo las armas. La única cura para tal estado de cosas parece ser una más amplia fraternidad humana y una unión política como la de los Estados Unidos".

Ese mismo año, y al lado de la organización católica, surgió en Ginebra una **Ligue Internationale de la Paix et de la Liberté**, de filiación librepensadora, que a poco de establecida contaba con sesenta mil miembros. En Alemania el líder li-

brepensador Rudolf Virchow presentó proposición notable: "Considerando—decía—que la tarea de la Alianza (Bund) Septentrional la dirigen principamente autoridades militares, y que la disposición de ir a la guerra la abrigan en casi todos los países de Europa, no las masas del pueblo, sino los Gabinetes de dichos Estados, por tanto, pedimos al Gobierno que haga cuanto esté a su alcance, por medio de su diplomacia, para apresurar un desarme general".

Ni uno sólo de estos esfuerzos dio en el clavo.

Diez pasos hacia adelante y nueve para atrás, dan un progreso de sólo un paso: Algo es algo: Y en honor a la verdad, gracias a la labor pacifista las guerras se hicieron menos frecuentes, y no sólo eso, sino que la común conciencia humana se arraigó más y más en su comprensión de la estulticia y del espíritu inmoral de los conflictos armados. La Convención de Ginebra, del 1864—ampliada en el 1867—es prueba de ello, pues en su virtud los hospitales para los heridos y todas las organizaciones de carácter sanitario se pusieron bajo la protección internacional de la Cruz Roja.

La guerra franco-germana del 70-71 fue un resbalón inmenso, desde el punto de vista cultural y humano. Las cláusulas del Tratado de Paz contenían el germen de incalculables diferencias entre los dos países. Ambas partes las idearon con cinismo inaudito. De nuevo se reunieron grupos pacifistas y hubo de celebrarse un gran Congreso internacional en el que, otra vez, Frederic Passy tomó la iniciativa: Pero el pueblo no estaba con él. Los franceses le rendían homenaje al militarismo en la esperanza de recobrar lo que habían perdido; y los alemanes hacían otro tanto, temerosos de perder lo que habían ganado.

En tal terreno la simiente de la paz no podía arraigar. Pero el idealismo político difícilmente se marchita por completo. En la Francia derrotada se creó, en el 1887, la asociación pacifista de **"La Paix par le Droit"**, integrada por estudiantes. Aún más notable es que, también en Francia, se inaugurase una organización poderosa de todas las sociedades pacifistas. En octubre del 1888, nueve miembros del Parlamento británico y veinticinco del francés, decidieron reunirse en conferencias regulares en París, y allí y entonces echaron los cimientos de la Unión Interparlamentaria. Después de reuniones en Londres, Bonn y Berna, esta unión se convirtió en el Bureau Interparlamentario, cuartel central del pacifismo organizado, con sede en Berna.

También en Alemania hubo movimiento pacifista. Aquí fue el carácter alemán, más bien que el poder intelectual o la capacidad organizadora, lo que dirigió el pacifismo. Mujer fue la de la iniciativa y dirección: Berta von Suttner: su novela **Die Waffen nieder** (¡Abajo las armas!) le arrancó por la primera vez el resplandor de gloria a la guerra, y, con admirable, con maravillosa valentía, presentó la guerra en su verdadero carácter horrible e inhumano. La novela apareció en el 1890 y fue traducida a todos los idiomas europeos. A ratos es demasiado sentimental, y, por su doctrinarismo, de lectura aburrida; pero por la audacia y la fuerza con que nos presenta el anverso de la medalla, merece todo elogio y tiene plena significación histórica. Es un libro que marca época, como la **Cabaña del Tío Tom** de la propaganda norteamericana contra la esclavitud. Al año siguiente de la publicación de su novela, Frau von Suttner fundó la Asociación Austriaca pro Paz, a la que, un año más tarde, siguió la Asociación Alemana. Ese mismo año H. Fried fundó el primer periódico pacifista, al que dio el título del libro de la Suttner.

El desarrollo de la idea de asegurar la paz a base de decisiones de corte, merece atención especial. Los números demuestran que en los últimos cien años, a pesar de sus muchas guerras, el deseo de las naciones ha sido de resolver sus disputas en corte de justicia. Del 1821 al 1840 resolviéronse así diez conflictos; del 1841 al 1860, veinticinco; del 1861 al 1880, cincuenta y cuatro; y ciento once del 1881 al 1900. Pasemos por alto los años más cercanos a nosotros. Un ejemplo, sin embargo, puede mencionarse, respecto del ambiente que tenían estas ideas en el Parlamento alemán. Por sugestión del diputado De Barth se propuso al Reichstag, en el 1893: "Si el Gobierno apoyaría los esfuerzos de Inglaterra y los Estados Unidos para resolver disputas internacionales mediante una corte de decisión". En esa ocasión, y también durante un debate sobre cuestiones militares de la misma fecha, el Partido Centrista acordó votar afirmativamente la proposición. Dijo el Dr. Lieber: "Grande y bella tarea sería, para la época moderna,—tarea mayor que sus primeros triunfos,—si del suelo mismo que ha sido escena del régimen de fuerza de Bismarck, un nuevo régimen o regla de justicia surgiese que lo reemplazase y que se extendiese por toda Europa". Dos años más tarde, en la Cámara bávara, el príncipe Lowentein-Wertheim-Rosenberg (que en el 1921 murió vistiendo el hábito dominico) abogó por el establecimiento de un tribunal internacional que fuese "la consumación y corona de un sistema de justicia capaz de responder al sentido común, a la humanidad y a la mentalidad cristiana".

El movimiento pacifista universal logró su mayor triunfo en dos Conferencias de la Haya. En el 1898 el Zar de Rusia lanzó un manifiesto contra la siempre creciente rivalidad de las grandes potencias. Las invitaba a conferencia internacional para considerar la cuestión del desarme. Esta conferencia se celebró en La Haya, en mayo del 1899.

El pacifismo sistemático,—esto es, a base de sistema que no a tontas y locas con base sólo en el sentimentalismo o la casualidad,—no es imposible sueño utópico ni insiste en dar con la Utopía de golpe y porrazo. Lo demuestra el hecho de que en esa conferencia de La Haya, los pacifistas sistemáticos manifestaron las dudas que abrigaban respecto de la practicabilidad de la idea del desarme. Pensar en desarmar era inútil, a menos que se estableciese una corte internacional de justicia que reemplazase los ejércitos seducidos. Y es que el verdadero pacifismo se propone vencer el caos de la guerra, de dentro para fuera, que no por fuera. De nada serviría el desarme universal si antes no hay una corte internacional que reemplace los ejércitos, por la que las disputas puedan solucionarse por medios dignos de hombres de Estado.

La Conferencia de La Haya fué más allá de una mera consideración negativa del desarme, y decidió ciertas cuestiones de justicia internacional. Se dictaron leyes para mitigar en cuanto pareció posible, la crueldad de la guerra; pero la única solución verdadera, efectiva,—esta es, la investigación obligatoria y el establecimiento de una corte de decisión,—no se tocó, y principaplmente porque Alemania no se ponía de acuerdo, poco de provecho se hizo en ese sentido en las Conferencias de La Haya del 1907. Todo ello no obstante, la influencia concreta de estas conferencias no se puede negar que tendía hacia los principios pacifistas y hacia el hecho de que una corte de decisión es la solución única del problema.

Franziskus Stratmann, O. P.

El unísono amor

= Envío del autor =

¡A doña Angela de Valle.

Grana la espiga y grana la granada
en la fiesta de dicha de los pobres:
y grana la hermosura del topacio
en la risa dorada de la alondra,
y para ti mi amor que está suspenso
de tu unísono amor, porque es de sangre
y de ritmo y de rica certidumbre,
diástole y sístole en la carne lóbrega
que al salir a la luz son la mirada
y la sonrisa nueva de los niños.

Déjame que te mire y te sonría
desde cada palabra sin sentido
que te quiere decir lo que te quiero.
Cada palabra mía en vano intenta
ser un canto de alondra o una fruta
por el solo placer de que me oyeras
o de que me llevaras a tus labios
para decirte: ¡Madre, buenos días!
Yo soy aquel que estuvo pequeñito
entre tu carne y en un gran silencio
fuiste dándome imagen y figura.

Me diste el dón perfecto de tus lágrimas
y en tu beso primero me entregaste
las llaves del tesoro de la vida.
¡Oh sacrificio puro! ¡Oh increíble
momento en que la llama fué encendiéndose
por obra y gracia de tu espíritu! ¡Era
el milagro del ser, era el milagro
de crear y servir y de entregarte
para siempre en un acto de belleza!

La vida es bella, Madre, muchas gracias!
Bella a pesar de todo lo que digan
el dolor y el horror con que se vive,
bella a pesar de todos los pesares,
y sólo por mirar y sonreír
y por oír y por quedarnos ciegos
y mudos algún día, es bella, es bella...
Y hasta por esta ausencia que no en vano
la hemos visto pasar como si fuera
prólogo del olvido y de la muerte.
Dame tu mano fuerte para ir
a través de la noche tan horrible;
y dame tu valor que ha resisitido
al viento impuro, tal como una aroma
triunfando entre los pétalos del día...

Mi gratitud se pone alborozada,
pues no puede decir lo que te debo:
ser una voz del verbo innumerable,
grito encantado en cárceles de nervios,
polen que viaja sin itinerario,
melodía cobarde entre los números.
¡Y como en un espejo en ti me veo
y me recreo al ver que estás en mí!
Eres mi novia nívea, mi fantasma
de cada sueño y mi íntegra emoción
en las palabras que se desesperan...
¿Todo lo que te diera qué sería
comparándolo con lo que me diste
y que me sigues dando? ¡Muchas gracias!

¡Yo soy tu huella esclava, soy tu sombra,
y tú la luz que iluminó mi vida!

Rafael Heliodoro Valle

México, D. F., 12 julio, 1932.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras).

Cortesía de los autores:

Andrés Iduarte: *El Caballero Matón*. (Arquetipo). México, 1932.
Con el autor: Coahuila, 154 E. México, D. F. México.

Jaime Picón Febres: *Anotaciones al margen de algunas leyes*. Asuntos de interés general. París, 1932.

María Frontaura Argandoña: *Hacia el futuro indio*. 1932. La Paz. Bolivia.
Con un prólogo de Franz Tamayo que vamos a reproducir.

Daniel Vejarano S.: *El derecho a vivir*. Estudio para la enseñanza popular de un posible socialismo espiritualista y cristiano. Popayán, Cali. 1932.

De la Sociedad de Naciones:

Recueil Pedagogique. Vol. III. No. I. Mars. 1932. Géneve.

De nuestro amigo F. González Guerrero (Ave. Michoacán Sur, 107, Mixcoac, D. F. México):

Artemio del Valle Arizpe: *Don Victoriano Salado Alvarez y la conversación en México*. Editorial CULTURA. Mexico, 1932.

P.—¿Cuál es la mejor biografía de Lenin? ¿Qué obras importantes suyas se han editado en castellano?

R.—«Les éditions internationales», de París, está editando las obras completas. En castellano alargaríamos demasiado esta respuesta dándole la lista completa. Recordamos de memoria «El camino de la insurrección» (1932), «Cartas íntimas», prologadas por su hermana (1931), «El comunismo de izquierda. Semblanza del autor por Máximo Gorki y G. Zinoviev», «El Estado y la revolución proletaria», «El extremismo, enfermedad del comunismo», «Ideario bolchevista». Recopilación y prólogo de N. Tasin. «Materialismo y empiriocriticismo. Notas críticas sobre la filosofía reaccionaria», «Táctica y objetivos de la revolución». En cuanto a biografías, la misma semblanza de la obra anteriormente citada en tercer lugar, por Gorky y Zinoviev, y la biografía escrita por la viuda, que editó en castellano la editorial Cenit.

P.—Obras de cálculos mercantiles que sin exigir matemáticas superiores no sean tampoco muy elementales.

R.—Existe el «Vademecum de cálculos mercantiles», de L. Víctor Paret, editado por Ruiz Hermanos, Madrid, plaza de Santa Ana, 13. También son recomendables «El contador moderno», de M. Gal, imprenta Comercial, Irún, que comprende además contabilidad, y el «Tratado de cálculo mercantil», de Escolar y Angulo, que se encuentra en las buenas librerías, aunque ya parece que va agotándose.

P.—Un libro de contabilidad en general

R.—Ya se indica en la consulta que antecede «El contador moderno», pero si se desea una obra más científica, aunque muy clara, debe acudirse a las «Lecciones de Contabilidad», del catedrático que ha sido de la asignatura en la Escuela Central de Intendentes Mercantiles, profesor D. Ramón Cavanna, editada por La Enseñanza, Ruiz, 23, Madrid.

P.—¿Hay en castellano alguna buena edición de las comedias de Plauto?

R.—Se acaba de publicar en la Biblioteca Clásica (Madrid, Hernando, Arenal, 11) una edición de «Comedias», de Plauto, trasladadas de lengua latina al español por P. A. Martín Robles, cuyo nombre es la máxima garantía de seriedad y escrúpulo. Cuatro pesetas. Es el tomo primero y contiene las comedias «Anfitrión», «La Venta de los Asnos (Asinaria)» y «La Olla».

(Luz. Madrid)

Al estudiante que desee adquirir un conocimiento elemental de filosofía, le será a un tiempo más fácil y más provechoso leer algunas de las obras de los grandes filósofos que aprender generalidades de los textos. Se recomiendan especialmente las que siguen:

Platón: ***República***. Sobre todo los libros VI y VII.
Descartes: ***Meditaciones***.
Spinoza: ***Etica***.
Leibnitz: ***Monadología***.
Berkeley: ***Tres diálogos entre Hylas y Philonous***.
Hume: ***Investigaciones concernientes al humano entendimiento***.
Kant: ***Prolegómenos a toda metafísica del porvenir***.

Bertrand Russell

(De Cours of Philosophy).

No sé si Ud. conoce, mi querido amigo,° unas páginas maravillosas del gran patriota y revolucionario italiano José Mazzini en sus *Note Autobiografiche*, cuando habla de la tempestad de la duda que le asaltó en Londres en enero de 1837, y donde están aquellos sus conceptos sublimes sobre que la vida no es contemplación, ni expansión, ni goce, sino misión. Es de las cosas más intensas, más íntimas, más profundas, más religiosas, en fin, que se haya escrito en lengua humana. Las escribió Mazzini cuando se le acusaba de querer hacerse dictador y de ser un soberbio. Y él encontrábase sumergido en un letargo de melancolía y enflaquecido. Al envolverlo la tempestad del dubbio, entrevió por un momento la vejez del alma solitaria y el mundo desierto de todo consuelo para él.

Miguel de Unamuno

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

INDICE



NUEVA REMESA:

Salvador de Madariaga: ***España***. Ensayo de Historia Contemporánea .... ₡ 3.75
Anatole France: ***Páginas Escogidas*** 4.00
Teresa de la Parra: ***Las memorias de Mamá Blanca*** 4.50
José Asunción Silva: ***Poesías***. Edic. definitiva. 4.00
Pedro de Répide: ***Isabel II***. Reina de España 3.00
Stendhal: ***Vida de Enrique Brulard***. Novela autobiográfica 3.75
Wilhelm Schapp: ***La nueva ciencia del Derecho*** 7.00
Jaime Torres Bodet: ***Destierro*** 3.50
R. C. Sherriff: ***Fin de la jornada*** 3.50
F. Slang: ***El acorazado «Potemkin»*** 5.00

Solicítelos al Adr. del ***Rep. Am.***

° A Azorín se dirige.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ¢2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 / (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Al cantor de María

= Envío del autor. Bogotá =



Jorge Isaacs

Las cigarras acaban de suspender la música de sus alas doradas; languidece la tarde; la noche desciende sobre las montañas, y la campiña caucana se aduerme lentamente. Una a una aparecen las estrellas, alborean las constelaciones, y la gran paz nocturna se cierne sobre la inmensidad.

El campanario de **San Antonio de Pajonales** vela sobre su rebaño de árboles y de casitas bañadas por el último reflejo de la tarde. En el aire flota ese acre, indefinible aroma que exhala la tierra tostada por el sol, y mezclado con ese aroma, llegan las cristalinas vibraciones del Zabaletas.

Jamás había experimentado tal emoción de soledad, ni sentido tan vivamente el rumor profundo y vago del reposo! El silencio es el solo lenguaje del hombre cuando lo que siente sobrepasa la medida ordinaria de sus impresiones. Yo quedé mudo, en aquel escenario inmortalizado por el genio, al contemplar sobre una ceiba, despojada de hojas, grandes coclíes o ibis negros que, con gritos estridentes, se recogían en sus nidos agitando las alas, como ornamentos animados de esos troncos escuetos...

Mas, qué dulce sorpresa cuando a lo lejos, turbando el misterio de la noche apacible, se eleva, de repente, como un perfume balsámico, esta melodía:

Soñé vagar por bosques de palmeras...

Y esta canción de amor del gran poeta, modulada por la voz de un gañán, al conjuro del ocaso y la guitarra, va a rozar sensibles oídos de jóvenes campesinas y continúa su ronda hasta morir en las onduladas vegas del **Paraíso.**

Esa melodía, en su expresión, es el eco vibrante del clamor nacional que se levanta a la gloria de aquel que un día, al son de pastoril zampoña, cantó los ríos, los campos y labranzas, las aldeanas y pastores de su patria querida, y erigió en este Valle un monumento de imperecedera ternura, tornando así nuestras selvas en florestas bíblicas, impregnadas de incienso y de mirra. Pasan los dioses envueltos en sudarios de púrpura; se suceden las filosofías; la misma ciencia sufre eclipses parciales; sólo la Belleza resiste al Tiempo, porque es de todas las épocas y de todos los climas, porque es la alegría eterna! **A thing of beauty is a joy for ever!**

Ah! cuánto te engañabas, glorioso maestro, cuando en tristes versos y en íntimas confidencias con tus amigos te dolías de la ingratitud que cubriría tu sepulcro con un manto de olvido!

Lejos de tan mezquinos sentimientos, los amantes de la naturaleza recitarán siempre tus cantos al vadear las transparentes aguas del **Amaime,** sombreadas por higuerones y guabinos, o las quejumbrosas del **Paporrinas,** donde enlazan sus ramas las iracas y bambús.

Los labriegos de las ardientes pampas de **Santa Elena;** los montañeses de **Pie de Chinche,** que regresan al Valle, y los vaqueros de **Las Playas,** cuando llevan a beber sus ganados a las frescas márgenes de **Las Guabas,** seguirán cantando tus melancólicas endechas y perpetuarán la tradición de un amor florecido que deshojó la muerte, y siempre habrá un corazón que soñará gozar de tranquilidad y sana alegría bajo la choza del antioqueño **José,** que palpitará con el enamorado **Tiburcio** y la gentil **Salomé,** o se enternecerá con los aullidos de **Mayo,** el perro fiel y envejecido, o con los sollozos de **Juan Angel.**

Poeta del amor, hoy y siempre tu idilio conmoverá a todas las almas puras, y sus tiernos coloquios serán balbuceados por los amantes sin ventura. El perfume de **María,** ninfa de nuestro valle, coronada de azucenas silvestres, no se extinguirá jamás, y su encanto, como el trino del ruiseñor de la leyenda, nos embelesará mil años.

Poeta de la Patria, toda la Nación colombiana se asociará pronto a los fastos de tu centenario, y, aún más, toda la humanidad que siente el sortilegio de la eterna poesía te honrará, sublime aéda caucano! recordando cuán sincero, dulce y sencillo, cuán virgiliano fué tu genio!

C. Hispano

La Selva, cerca de *El Paraíso,*
en compañía de Sanín Cano. Junio 10 de 1932.

De Vargas Vila a Cornelio Hispano

= Envío de C. H. =

Barcelona, 24 de mayo de 1932.

Eminente escritor amigo:

Mil gracias por su carta muy amable, y mil gracias por el envío de su obra admirable. ¿Su obra? Dije mal, su libro, porque su obra es más vasta que eso, y me precio de conocerla casi toda; de conocerla y de admirarla, lo cual es una sola palabra tratándose de ciertos libros y de ciertos muy raros escritores.

He admirado su valor épico en la lucha, tan épico como el de los héroes que usted se empeña en defender, salvándolos de la ingratitud de los unos, menos cruel que la salvaje incomprensión de los otros.

Usted ha reconstruído la imagen de Bolívar con una mano piadosa, de la cual la admiración no aparta la justicia. Merced a ese trabajo de artífice insuperable, el ídolo roto se ha puesto en pie, no para merecer la adoración, que envilece, sino la admiración, que enaltece. Adorar es abdicar. El que adora desaparece en el ídolo adorado. Todo Dios termina por devorar a sus adoradores.

Admirar es comprender. Usted ha comprendido a Bolívar y lo ha hecho comprender a la posteridad. Esa tarea tiene de heroico la hora aciaga en que usted la ha emprendido, y el medio tan adverso a toda grandeza en que usted la ha realizado. Hablar de los hombres de la Independencia en pueblos que han comprometido miserablemente la suya es un atrevimiento moral que raya en lo patético.

Si usted no fuera, como es, un gran poeta, su obra habría sido de una realización imposible, porque sólo a los poetas les son dadas esas evocaciones dolorosas, en las cuales evocar a los muertos es acusar a los vivos, y la grandeza de los que fueron no sirve sino para hacer más visible la pequeñez de los que son. Se necesita toda la alquimia de la fe, no en los Dioses, sino en los hombres, para reconstruir ciertas figuras históricas, en cierto medios históricos, en los cuales aquellos son emblemas palidecidos de glorias olvidadas, y reflejos melancólicos de auroras ya lejanas.

Estamos tan lejos de los Libertadores como de la Libertad. No merecimos el esfuerzo de los unos, y por eso no hemos sabido gozar el beneficio de la otra. ¿Qué queda de la obra de Bolívar? Pueblos degollados por la tiranía o profanados por la conquista. ¿Qué hacer de esos pueblos? Galvanizarlos por la evocación de sus glorias pretéritas para recordarles que un día fueron gloriosos; pasarles la antorcha encendida de la Libertad ante los ojos tenazmente cerrados, para recordarles que un día fueron libres.

Y eso es lo que usted hace en sus libros admirables; y eso es lo que yo admiro en sus libros y en usted. Entre ese coro de Aedas que son los "cantores de Bolívar", usted es el primero, aunque haya querido colocarse el último. Cantar la Libertad es una manera de servirla. Evocar la Libertad es una manera de darla. Y usted hace ambas cosas con un brillo y una elocuencia rayanas en el genio.

Déjeme usted estrechar su mano de Aeda-Libertador, muy efusivamente,

J. M. Vargas Vila

Barcelona, 24 de mayo de 1932.